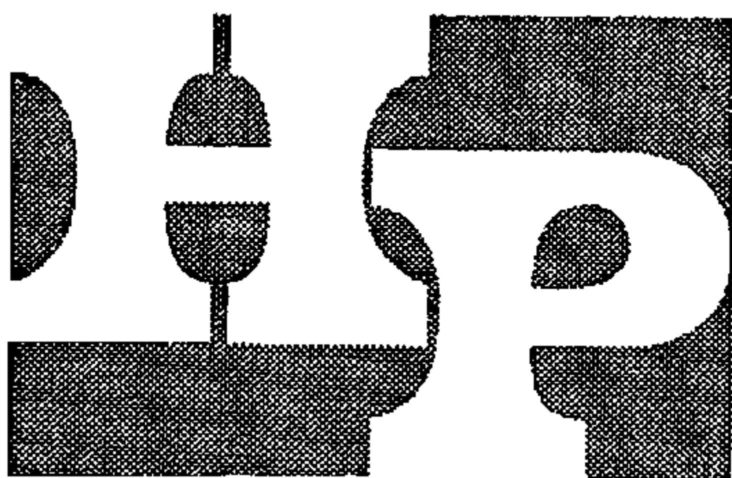
BOLSILIBROS BRUGUERA



SERIE Héroes de la PRADERA

Keith Luger

LLEGO UN FORAJIDO





Héroes de la PRADERA



Keith Luger

LLEGÓ UN FORAJIDO

Colección
HEROES DE LA PRADERA n.° 66
Publicación semanal

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO

Depósito Legal B 6.093- 1971

Impreso en España - Printed in Spain

2ª edición: abril, 1971

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1970

Capítulo primero

La gente se detenía en las aceras de la calle mayor de Lester City para observar el paso del jinete rubio.

El cielo era de un color azul turquesa y el sol caminaba hacia su cénit. Ondas de calor brotaban del polvo.

El jinete rubio detuvo su cabalgadura frente al *saloon* de Harley Toomey y estaba atando las bridas al poste cuando oyó una voz a su espalda.

—No haga eso, forajido.

El rubio tenía unos treinta años y era fornido, de anchos hombros y pecho atlético. Sus ojos eran verdosos y la nariz recta. Su indumentaria, camisa a cuadros, chaqueta y pantalones oscuros, se hallaban cubiertos de polvo y su sombrero parecía muy bien un despojo porque estaba muy desgastado por los bordes y la copa y las alas aparecían con grandes manchas de sudor.

Sabía que se habían dirigido a él, pero no se movió una pulgada, y después de atar las bridas, se dispuso a subir a la acera.

—Eh, forajido —repitió la misma voz—. Estoy hablando con usted, Bill Mae.

Bill Mae, el rubio, interrumpió su movimiento, y en aquella posición, sin conocer siquiera a la persona que le hablaba, repuso:

—Dé la vuelta, amigo, y lárguese.

Muchos hombres se habían ido acercando a aquel lugar de la acera y ahora estaban detenidos observando a Bill Mae y al muchacho que estaba detrás. Éste parecía tener unos veinte años y era también muy alto, delgado. Sus pulgares se sostenían sobre el cinturón y en sus labios había una sonrisa jactanciosa.

—He oído hablar de usted, Mae, pero no he creído ninguna de sus historias. Aquí estoy yo para demostrar a los ciudadanos de

Lester City que usted es un vulgar roba gallinas, un maldito fanfarrón.

Bill Mae observó las caras que tenía enfrente y en los ojos leyó que aquellos hombres estaban disfrutando con la escena.

Entonces empezó a volverse lentamente, los brazos inmóviles a lo largo de los costados, y se enfrentó con el joven a quien escrutó atentamente.

—¿Cuántos años tienes, muchacho?

—Veinte.

—Dime tu nombre.

—Rex Jackson.

—Apuesto a que tienes novia.

—Seguro.

—Muy bien, Rex… Celebro conocerte. No he venido a Lester City a pelear con nadie.

Quiero ser amigo tuyo y de todos los demás ciudadanos, y en cualquier momento me sentiré orgulloso si me dejas que te invite a un vaso de *whisky*. Buena suerte, Rex.

Bill Mae giró sobre sus talones y se dirigió hacia la acera. Todos los hombres que habían escuchado sus palabras estaban asombrados, pero no lo estaba menos el propio Jackson.

—¡Eh, espere, Mae! —gritó el joven.

Bill se detuvo nuevamente.

—¿Alguna cosa, Jackson?

—¿Usted es Bill Mae?

—Sí, hijo; yo soy Bill Mae.

Jackson entrecerró los ojos.

—¿Es que intenta divertirse a costa mía?

—No, Rex, nada más lejos de mi pensamiento.

—Oiga, ¿está enfermo?

—No, Rex, no estoy enfermo, por el contrario —Bill Mae sonrió —, me encuentro de salud como nunca.

Jackson parpadeó cada vez más confuso.

Bill Mae le hizo un saludo con la mano y subió a la acera Los hombres se echaron hacia atrás para dejarle paso y lo siguieron con la mirada hasta que entró en una casa sobre cuya puerta había una placa en la que se leía:

JOHN WADDELL
Juez

Mae subió por la escalera, y al llegar a la primera planta empujó la puerta, encontrándose en una pequeña oficina donde había una mujer de cabello castaño. La empleada estaba escribiendo algo sobre un escritorio, y al levantar la mirada y ver a su visitante, lanzó un grito de temor.

Bill se detuvo, sonriente.

—¿Qué le pasa, señorita?

—Usted, usted es Bill Mae —balbució la mujer.

—Sí, soy yo, pero me temo que no la conozco a usted.

—Vi su fotografía en algunos diarios de Kansas City. Yo trabajaba allí entonces.

—¿Cuál es su nombre, señorita?

—Doris… Doris Nord.

—Encantado de conocerla, Doris. ¿Quiere avisar al señor Waddell que acabo de llegar?

—Desde luego, sí, señor.

Doris desapareció por una puerta que había al fondo y al cabo de un minuto reapareció, diciendo:

—El juez lo espera, señor Mae.

—Gracias, Doris.

La joven sonrió un poco confusa y, de pronto, se dio cuenta de que estaba interrumpiendo el paso y se apartó rápidamente.

Bill entró en el despacho y cerró a sus espaldas. Detrás de una mesa había un hombre de unos cuarenta y cinco años, de cabello canoso y grandes mostachos que le cubrían casi la boca.

—Buenos días, juez —saludó Bill.

Waddell lo observó atentamente, y, por último, sin pronunciar palabra alguna de salutación, señaló un sillón de cuero.

—¿Quiere sentarse, señor Mae?

—Con mucho gusto.

Bill ocupó el sillón y se quedó mirando al rostro del juez. Éste carraspeó, y dijo:

—Sinceramente, no creía que usted iba a venir aquí, a Lester City, señor Mae.

—¿No? ¿Qué creía usted?

—Bueno, pensé que usted daría orden de que se liquidase la herencia de su tío y se le enviase el dinero a cualquier parte.

—Comprendo —Bill sonrió—, pero el caso es que decidí llegarme aquí.

—Naturalmente, usted piensa hacer la liquidación de los bienes de su tío por su propia cuenta.

—No, señor Waddell.

El juez frunció el ceño.

—¿Puedo preguntarle cuál es su idea, señor Mae?

—Pienso quedarme en el pueblo, es decir, en la comarca.

El juez hizo un gesto de sorpresa.

—¿Quedarse en Lester City?

—Es exactamente lo que he dicho, señor Waddell. Si mal no recuerdo, mi tío era dueño de un rancho.

—Sí, el Barra B.

—Desde luego.

—Ahí lo tiene, juez. No pienso vender el rancho. Me pondré al frente de él, y, bueno, espero que me vaya bien el negocio.

El juez Waddell se pasó una mano por la cara.

—Me gustaría saber si usted está hablando en serio, señor Mae.

—Absolutamente.

—Muy bien. Es cuenta suya, aunque si usted aceptase un consejo, yo le diría que hace mal. —Hizo una pausa, señalando la ventana—. Vi la escena que se desarrolló a su llegada. El joven Jackson estaba dispuesto a balearlo, Mae.

—Lo sé, juez.

—¿Por qué no le hizo frente?

—He venido a Lester City en son de paz, juez. Evitaré las peleas en cuanto me sea posible.

—Me temo que no podrá vivir aquí bajo esa condición. Tiene a la gente predispuesta contra usted, y me imagino que no va a estar soslayando constantemente a los que le ofendan. Tarde o temprano tendrá que sacar el revólver. Yo comprendo que disparará en legítima defensa, pero el caso es que su contrincante será el muerto, y, ¿qué pasará entonces?

—Quizá la gente se convenza de que Bill Mae es una persona que quiere vivir en paz.

El juez dio un suspiro.

—Conozco su historial, Bill, y creo que eso le va a ser muy difícil. Un hombre como usted es esclavo de su fama. Soy juez, señor Mae, y entiendo un poco de eso. Le podría hablar de unos cuantos individuos que en un momento determinado de su vida quisieron cambiar, tipos que habían delinquido y que por una causa u otra determinaron volver a la buena senda. Es triste decirlo, señor Mae, pero yo no conozco a nadie que lo consiguiese.

Debo decirle que usted es el más famoso de la lista. Antes de cumplir los veinte años, ya pertenecía a la banda de Jesse James. Luego formó parte de la de los hermanos Young y hay quien asegura que se le vio una temporada con Clayton, *el Viejo*, en Tombstone.

—Sí, juez, todo eso es cierto, pero está un poco lejos.

—La gente no olvida.

—Cumplí una condena de tres años y hace ya más de dos que salí de la cárcel. No he vuelto a ella, juez.

—Todo eso Jo sé, Bill, y, si de mí dependiese, le concedería la oportunidad que usted está deseando, pero estoy por asegurarle que los demás hombres de Lester City no pensarán como yo.

—Me lo imagino.

El juez sonrió.

—Tiene usted un camino, Bill.

—¿Cuál?

—Véndalo todo, coja la bolsa y lárguese a cualquier otro punto del país.

Bill Mae sonrió irónicamente.

—¿Cree usted que hay algún punto del país donde yo no pueda ser reconocido?

En la estancia se hizo un silencio y, finalmente, el jaez meneó la cabeza.

—No, me temo que no.

Bill Mae sacudió la cabeza.

—Está decidido, juez. Me quedaré en Lester City.

—Como quiera, Bill. Parece que lo ha pensado muy bien.

—¿Qué otras cosas me tiene que decir acerca de la herencia de mi tío?

—Su tío Spencer era una buena persona. Tenía por costumbre prestar dinero al que estuviese en mala situación.

—Fue un hombre muy generoso. Hace más de diez años eje lo vi por última vez, pero aún recuerdo su bondad.

—Tío Spencer, a la hora de morir, era acreedor de cuatro personas de la comarca. A todos ellos prestó importantes cantidades y, de mutuo acuerdo, Spencer no quiso establecer ninguna hipoteca. Eran simples préstamos que los interesados se obligaban a devolver en el plazo de un año. Algunos de esos deudores pagaban una parte de sus débitos, pero, en la mayoría de los casos, cuando llegaba, el plazo, no tenían dinero suficiente para amortizar siquiera una pequeña parte del préstamo. Entonces, su tío Spencer no hacía más que encogerse de hombros y decirle al interesado que no tenía ninguna prisa en recuperar su dinero.

—Eso era muy propio de él.

—Debo decirle que ahora esos deudores temen que usted trate de obligarles a devolver hasta el último centavo.

—Lo supongo.

—Naturalmente, aunque no existe hipoteca, usted puede pedir el embargo de los bienes de aquel que, vencido el plazo, no le pague.

—¿Quiénes son mis deudores?

—Está Luke Jones, que le debe a usted mil ochocientos dólares. Es el propietario del rancho Doble Círculo. Está también Clem Connington, que le debe mil trescientos. Es dueño de un *saloon* y casa de juego que está situado al sur de la calle. Otro deudor suyo es Walter Freeman, que tiene una tienda de modas también en esta misma calle. Le debe mil quinientos. Por último, su cuarto deudor es Fannie Woolf.

—¿Una mujer?

—Sí, una joven que perdió a sus padres en un accidente de ferrocarril sobrevenido en Saint Louis hace unos cinco años. También es propietaria de un rancho, el ABC, situado al norte del de su tío.

—¿Cuánto debe?

—Es su más importante deudora. Dos mil doscientos.

—¿Es que no le van bien las cosas a Fannie Woolf?

—Regular solamente. Los negocios han ido muy mal para todos en esta comarca. Los ganaderos del Gila están haciendo una gran competencia porque venden el ganado más barato de lo que pueden vender nuestros rancheros.

—¿Es que nosotros no podemos vender al mismo precio?

—No, Bill. Ellos están en una situación de ventaja porque tienen el ferrocarril a seis o siete días de sus ranchos y nuestros ganaderos tienen que hacer un viaje de tres semanas.

Sus pastos reverdecen más pronto y pueden vender antes que nosotros. De esta forma, los ganaderos del Gila coaccionan a los compradores del Norte, obligándoles a ser sus clientes durante el resto de La temporada. Por todas estas circunstancias, los rancheros de Lester City se encuentran en una gran desventaja.

—Sí, lo comprendo. ¿No existe ninguna solución al problema?

—Sí, hay una, pero se ha tenido que abandonar por su imposibilidad.

—¿Cuál?

—La de prolongar el ferrocarril del este de Texas que acaba en San Jacinto. La compañía hizo el proyecto para traerlo hasta Lester City, pero parece que surgieron dificultades.

—¿Qué clase de dificultades?

El juez se encogió de hombros.

—Ellos no las han explicado nunca, aunque cabe suponer lo que realmente ha pasado.

—Ya, los ganaderos del Gila se han interesado en que no se realice la obra.

—Sí, creemos que es eso.

De pronto, sonó un estampido y una bala entró por la ventana, silbando por encima de la cabeza de Bill Mae e incrustándose en la pared.

Bill se arrojó inmediatamente al suelo en previsión de que volviesen a disparar. Luego gateó rápidamente hacia la ventana, sacando el revólver.

Vio las casas que había a la otra parte de la calle. Contó no menos de seis ventanas desde las que podían haber disparado, pero ahora en ninguna de ellas había nadie y todas estaban cerradas. Se volvió hacia Waddell, el cual tenía el rostro blanco.

—No imaginé que se atrevieran a hacerlo aquí —dijo el juez—. Lo siento.

—Descuide, juez. —Bill miró a la pared donde se había incrustado el plomo y sacó un cuchillo.

El juez vio cómo su visitante sacaba el proyectil del muro.

—¿Por qué hace eso, Bill? —preguntó.

—Quiero saber con qué clase de arma me han tirado —hizo una pausa—. El plomo ha quedado muy aplastado, pero está claro que se disparó con un rifle «Winchester».

El juez sacó un pañuelo y se enjugó el sudor que había comenzado a perlar su frente.

—¿Qué va a hacer, Bill? —preguntó.

El joven guardó el plomo en el bolsillo de su chaqueta.

—¿Puedo tomar ya posesión de mi rancho, señor Waddell?

—Ya veo que ese disparo no le ha hecho cambiar de opinión.

—No, no me ha hecho cambiar.

—Muy bien. Le leeré el contenido del testamento y luego firmará.

Al cabo de quince minutos habían terminado el acto y el juez tendió la mano a Mae.

—Me ha convencido con sus palabras, Bill, pero le repito lo que le dije antes. Le va a resultar muy difícil ser un hombre honrado.

Bill le dirigió una sonrisa.

—Quizá valga la pena intentarlo.

El juez se acercó a la ventana y miró hacia la calle. Vio a un grupo de gente en las cercanías de su puerta.

—Va a pasar por la segunda prueba, Bill.

—¿Sí?

—El joven Jackson sigue ahí abajo.

—Trataré de arreglarlo. Gracias por todo, señor Waddell.

Inmediatamente Bill salió del despacho. Doris Nord interrumpió su trabajo y empezó a ahuecarse el cabello.

—Es usted todo un personaje, señor Mae —dijo a Bill, mientras éste se dirigía hacia la puerta—. Me entusiasmó su asalto al Banco Nacional de Austin. Recuerdo que ocurrió hace un par de años.

—Siento defraudarla —dijo Mae, mirándola—. Pero cuando se cometió ese robo, yo estaba en la prisión de Fort Worth. Buenos días, señorita Nord.

El joven descendió por la escalera saliendo a la calle.

Los hombres empezaron a apartarse de Rex Jackson que se encontraba abajo de la acera.

Bill se dio cuenta de que el muchacho estaba ahora decidido a no dejarlo marchar.

—¿Ya se va del pueblo, forajido? —Oyó que le preguntaba.

—No, Rex. Creo que voy a tener oportunidad para invitarte a ese vaso de *whisky* de que te hablé… Me quedaré en Lester City.

—¿Cómo dice? —Rex sonrió—. No, forajido. Aquí no hay sitio para usted.

—Por el contrario, creo que hay mucho espacio.

—Es posible que tenga razón, Bill Mae… Hay mucho espacio… en el cementerio, y es donde debe estar un tipo como usted.

Al pronunciar sus últimas palabras, Rex movió la diestra, rozando el dorso con la culata del revólver.

Los que presenciaban la escena habían interrumpido hasta el resuello y continuaron retirándose cautelosamente, porque ahora estaban ya convencidos de que de un momento a otro los revólveres iban a vomitar plomo.

Bill Mae inspiró profundamente.

—Estate quieto, Rex —dijo.

—¡Tiene tres segundos para sacar el revólver, Mae! —gritó Rex Jackson.

CAPÍTULO II

Bill Mae se abalanzó sobre Rex Jackson y cuando éste sacaba el revólver, le propinó un derechazo en la cara.

Rex se derrumbó en el polvo, pero su mano ya estaba tirando del «Colt».

Bill corrió hacia el joven y le dio un puntapié en la mano que se disponía a apretar el gatillo.

El revólver voló de la mano de Jackson, yendo a parar a cinco yardas de distancia.

—¡Maldito sea, forajido! —gritó el muchacho, y se puso en pie.

Bill lo contuvo, pegándole un puñetazo seco en el plexo solar, pero Rex era muy fuerte y logró colocar su izquierda en el rostro de Bill, el cual retrocedió unos pasos. Rex no le dio cuartel y, echándosele encima, lo golpeó en los riñones y en la cara.

Bill siguió retrocediendo hasta que su espalda chocó contra una columna del porche de la casa del juez. Entonces llenó de aire sus pulmones y soltó su derecha con una velocidad escalofriante.

Jackson recibió el golpe en el mentón y se derrumbó otra vez en tierra, levantando una gran polvareda.

Allá quedó moviéndose aturdido, casi privado del conocimiento.

Bill escupió a un lado y se quedó mirando a su derrotado enemigo.

—No quiero volver a pelear contigo, Rex —giró hacia los testigos, agregando—: Ni tampoco con cualquier otro. Pero será mejor que se metan una cosa muy importante en la cabeza. Hoy he podido evitar sacar el revólver, pero eso quizá no ocurra la próxima vez.

No me comprometan. Todo hombre tiene su límite. Recuérdenlo.

Inmediatamente desató las bridas de su caballo y montando en

la silla, se alejó de aquel lugar a galope.

Conocía el camino que llevaba al rancho Barra B, aunque hubiesen pasado diez años desde la última vez que hizo aquel recorrido.

Siguió por un polvoriento camino por espacio de tres millas y luego dobló a la izquierda. Estaba llegando a una empalizada cuando de pronto, dos hombres salieron de entre unos árboles.

—Eh, compañero, ¿adónde va?

Bill detuvo su montura.

—Soy Bill Mae, el nuevo dueño del Barra B.

Los dos *cowboys* lo miraron atentamente, y luego uno de ellos, pelirrojo, de nariz pecosa, dijo:

—Y yo soy el presidente Lincoln.

—Eres muy chistoso, muchacho.

—Por algo me llaman Tim, *el Gracioso*.

—Está bien, Tim… Te llamaré a casa las noches de invierno para que me alegres la velada. Ahora acompañadme al rancho.

El pelirrojo se puso a mover la cabeza de un lado a otro.

—No, compañero —sacó rápidamente el revólver y se puso a reír—. ¿Ve usted? No es Bill Mae.

—¿Por qué no soy Bill Mae?

—Me ha dejado que desenfunde. Bill Mae no lo hubiese hecho. —De pronto, Tim apretó el gatillo.

La bala se enterró muy cerca de las patas del caballo que montaba Bill, y el animal se sobresaltó, saltando hacia adelante, pero la mano férrea de su jinete lo contuvo.

Tim soltó una fuerte carcajada.

—Ande, baje, compañero, quiero que baile.

Bill lo miró a los ojos.

—¿Qué te propones, muchacho?

—Quiero que nos dance un poco… Vamos, baje del caballo y denos una representación.

—Está bien, muchacho —dijo Bill, sacudiendo la cabeza—, pero no hay que ponerse así.

Tim lanzó otra carcajada.

Bill empezó a descender del caballo, para lo cual dio la espalda al pelirrojo, pero justamente cuando ponía el pie izquierdo en el suelo, su mano voló a la funda, y volviéndose como una centella,

hizo un disparo.

Tim lanzó un grito al ver que su diestra había quedado sin el revólver porque el plomo que había escupido el «Colt» de aquel hombre se lo había arrebatado limpiamente, te sin hacerle un rasguño.

—¡Infiernos, es cierto! ¡Es Bill Mae!

Bill tenía los ojos fijos en el pelirrojo.

—¿Alguna otra objeción, Tim?

—No, señor. Yo creí que… La verdad, usted me pareció un vagabundo, no podía suponer…

—Está bien, Tim. No te fíes nunca del hombre que te de la espalda.

—No, señor.

—Coge tu revólver. Tengo prisa por llegar a casa.

Bill devolvió el revólver a la funda.

Tim tomó el suyo que había quedado en la tierra y después de ver que la culata había quedado destrozada por el plomo, lo guardó, sintiendo un escalofrío porque si Bill Mae no hubiese dirigido con tan buena fortuna el proyectil, ahora él lo tendría en el vientre.

Se pusieron en camino y después de trasponer la empalizada, Bill preguntó:

—¿Quién es el capataz?

—Oscar Martyn.

—¿Se encuentra en la casa?

—No, fue a marcar unos novillos al Valle de la Herradura, pero volverá dentro de un par de horas.

—¿Cómo van las cosas en el rancho, Tim?

—Últimamente se están poniendo las cosas mal. No vendemos ni una maldita cabeza.

—Sí, el juez Waddell me lo contó. Parece que los ganaderos del Gila nos han cogido mucha delantera, ¿eh, Tim?

—Sí, señor. Eso es lo que ocurre, y si el asunto sigue así, todos tendremos que largamos de esta comarca. El ganado es para venderlo, y si ustedes no consiguen colocar el suyo, se arruinarán, y, de rechazo, nosotros también quedaremos en la miseria. Ya han empezado a marcharse muchos *cowboys* porque olfatearon en el aire la tormenta que se aproxima y, como empiece la desbandada, ustedes se quedarán solos.

—¿Se os debe algo, Tim?

—Mientras el viejo estuvo vivo…, bueno, he querido decir su tío, señor Mae.

—No te preocupes. Continúa.

—Su tío Spencer nos pagó siempre, e incluso, cuando las cosas se pusieron feas, logró obtener un crédito del Banco. Pero el dinero se agotó y ahora se nos debe un mes.

—Está bien, procuraremos ponernos al corriente.

—Caramba, señor Mae, ¿quiere decir que trae dinero fresco?

Bill miró a Tim, el cual ya estaba sonriendo.

—No, Tim. Me temo que con los cien dólares que llevo encima, no tenga bastante para pagaros esos atrasos.

—No, señor, no tendrá bastante, y eso va a desanimar mucho a la gente. Le he de decir una cosa, señor Mae.

—¿El qué?

—Los muchachos han estado resistiendo pensando que usted lo vendería todo y entonces tendría para pagar.

—Eso pensaban, ¿eh? Pues me temo que los voy a decepcionar porque el rancho Barra B no se vende.

—¿Cómo?

—Voy a seguir con el negocio de mi tío, Tim.

A partir de este momento, guardaron silencio hasta que llegaron a la casa. Algunos hombres se encontraban haraganeando por los alrededores y se acercaron al pie del porche.

Bill subió arriba y se dirigió al grupo.

—Soy Bill Mae, el nuevo patrón del Barra B. Es para mí un placer conocerlos a todos, y espero que entre ustedes y yo marchen las cosas bien. Quiero que sea el capataz Martyn quien les exponga a ustedes mis futuros planes. De modo que esperaremos a que él venga.

Inmediatamente, Bill se volvió para entrar en la casa. Junto a la puerta vio a un criado negro que tenía un sombrero de paja en la mano.

—¿Cómo está, señorito Bill? ¿Se acuerda de mí? Soy Sam, señorito Bill. Usted jugaba conmigo cuando era muy pequeño.

Mae sonrió, palmeando el brazo del negro.

—Me he acordado mucho de ti, Sam, y especialmente tengo en la memoria cierto plato de frijoles con tocino que cocinabas muy

bien.

El negro rió satisfecho.

—Claro que sí, señorito Bill, y todavía lo sigo haciendo y a los muchachos les gusta mucho.

—Me convencerías si me lo demostrases —Bill se pasó una mano por el estómago—. Siento unos ruidos extraños que quiero calmar.

—Ahora mismo, señorito Bill.

Mae dio una vuelta por la casa, comprobando que todo estaba en orden, aunque hubo de concluir que era demasiado grande para un hombre solo. Sam le presentó a dos criados, también de color como él.

Hizo honor a los frijoles del cocinero, encontrándolos muy de su gusto.

Estaba tomando una taza de café cuando se abrió la puerta del comedor y entró en la estancia un hombre de unos treinta años, de estatura regular, muy fornido, cabello rubio con grandes entradas y rostro de facciones duras.

—¿Señor Mae? —dijo, deteniéndose al otro lado de la mesa.

—Sí, yo soy, y supongo que tú eres Oscar Martyn.

El recién llegado hizo un movimiento afirmativo con la cabeza.

—Siéntate, Martyn —dijo Bill—. ¿Quieres una taza de café?

—No, gracias. Lo tomaré con los muchachos.

Bill pasó por alto el exabrupto.

—Muy bien, Martyn. Quiero ponerte al corriente de cuáles son mis propósitos respecto al Barra B.

—Ya los conozco, señor Mae.

—¿Sí?

—Antes de venir aquí, me pasé por el pueblo y hablé con el juez Waddell.

—Celebro que te hayas informado. Así pasaremos enseguida a hablar sobre otros puntos más interesantes. Quiero que me hagas una exposición de cuál es la situación del rancho, cabezas de ganado, equipo con el que contamos… Tú ya me entiendes.

Martyn estaba inmóvil. Sus ojos eran verdosos y miraban fríamente.

—Creo que usted no lo ha pensado bien, señor Mae. Va a cometer una tontería.

Bill frunció el ceño.

—Creí que el juez Waddell te había dicho que mi decisión es irrevocable.

—Yo opino que las cosas deben ser pensadas con lógica antes de tomar una determinación. —Martyn puso un brazo sobre la mesa—. En primer lugar, señor Mae, usted debe un puñado de dinero a los hombres que trabajan en el Barra B.

—Sí, me he enterado de ello.

—¿Con qué les va a pagar?

—Ya lo arreglaré.

Martyn sacudió la cabeza, mientras sus labios se comprimían en un rictus de sarcasmo.

—No, señor Mae. Usted no lo puede arreglar. Existen dos procedimientos para que usted saque dinero. —Se tomó el índice—. Primero, el Banco, y ya su tío agotó el crédito y no se lo ampliaron porque saben que es muy difícil que lo devuelva. —Se tomó otro dedo—. Naturalmente, cuenta con su ganado. Si lo vendiese, tendría efectivo. Pero usted no puede colocar una sola res en las actuales circunstancias, a menos que las ofrezca a un precio de regalo.

—No voy a regalar nada, Martyn.

—Ahí lo tiene. He hablado con los muchachos, y si usted no les paga, lo dejarán en la estacada.

—Pensé que tú hablarías conmigo antes de que lo hicieses con los muchachos.

—¿Qué quiere decir?

—Creo que está claro. Les has contado mi conversación con el juez Waddell.

—Sí. ¿Qué mal hay en ello?

—Los chicos cobrarán su parte. Eso es todo, Martyn. Te puedes marchar.

El capataz no se movió de la silla.

—Debo decirle algo, señor Mae… Los *cowboys* están de acuerdo en darle a usted un plazo de tres días para solucionar el problema.

—¿Los *cowboys* o tú, Martyn?

Oscar miró fijamente a los ojos de Mae, y luego se puso en pie.

—Da igual, señor Mae. Yo represento a los *cowboys* y ellos tienen plena confianza en mí.

—Quiero hacerte una pregunta, Martyn… Si el rancho Barra B hubiese sido puesto en venta, ¿quién hubiera sido el comprador?

Hubo una larga pausa, y luego Martyn dijo:
—Yo hubiese estado dispuesto a comprarlo.
—Tienes mucho dinero, ¿eh, Martyn?
—Me he pasado toda la vida ahorrando. Siempre pensé en que algún día dejaría de estar a las órdenes de un patrón.
—Eres un muchacho muy inteligente.
Martyn ladeó la cabeza.
—Puedo hacerle una oferta, señor Mae.
—No.
—Eso solucionaría todos sus problemas y usted tendría dinero fresco.
—Ya te he dicho que el Barra B no está en venta.
—Muy bien, señor Mae. Era una simple sugerencia.
Martyn sonrió.
—Para si cambia de opinión, ya sabe que me tiene a su disposición.
—Gracias, Martyn; de momento sólo quiero que cumplas tus obligaciones como capataz.
—Cumpliré, señor Mae, pero recuérdelo. Sólo tiene usted un plazo de tres días para solucionar el pago de los atrasos.
—Eres muy amable en recordármelo, Martyn.
Oscar sonrió irónicamente, y girando sobre sus talones, salió de la habitación.
Bill vio cómo la puerta se cerraba tras su capataz y se quedó pensativo.

CAPÍTULO III

Bill Mae observó el fondo de la casa a la que se dirigía.

De pronto, le llegó una voz desde atrás.

—Levante los brazos, compadre.

Obedeció lentamente; luego oyó los pasos de un hombre en la tierra y, finalmente, lo vio a la derecha. Era un *cowboy* de piernas estevadas y cara larga. Su diestra la ocupaba con un «Colt» 45.

—No hay trabajo para nadie —dijo—. De modo que ya se está marchando de aquí.

Bill le dirigió una sonrisa.

—No vengo en busca de trabajo. Quiero hablar con tu patrón, la señorita Woolf.

—¿Qué desea de ella?

—Creo que es una cuestión que a ti no te interesa, *cowboy*. ¿Qué te parece si te adelantas un poco y le dices que Bill Mae está aquí?

—¿Bill… Mae? —repitió el *cowboy*, con un gesto de sorpresa.

—Puedes agregarle que he venido para tratar acerca de un negocio.

—Está bien, señor Mae, venga conmigo.

El *cowboy* retrocedió hacia una encina y regresó montando un potro de color canela.

Cabalgaron hacia la casa y, llegados ante el porche, pusieron pie en tierra.

El peón que había conducido hasta allí a Bill hizo una señal al joven para que esperase y él se metió en la casa. A poco regresó en compañía de un hombre de estatura mediana, de tez curtida y ojos muy separados.

—¿Es usted Mae?

—Sí.

—Soy Al McLaren, capataz de este rancho. La señorita Woolf me ha encargado que le pregunte qué es lo que quiere usted.

—¿No sería mejor que yo hablase con ella?

—Ella ha delegado en mí, Mae. Así que me puede decir lo que le ha traído al rancho ABC.

—Está bien, McLaren. Según me ha comunicado el juez Waddell, la señorita Woolf me debe dos mil seiscientos dólares.

—Vaya, se ha dado mucha prisa en dejarse caer por aquí para reclamarlos.

—El caso es que me hace falta ese dinero.

—¿Para jugárselo al póquer?

—No es asunto suyo el destino que yo le de a mi dinero, McLaren.

El capataz del ABC entrecerró los ojos hasta convertirlos en rendijas.

—No puede cobrarlos, Mae.

—¿Por qué no?

—Aunque los tuviésemos, no se los daríamos.

—Es usted demasiado sincero, McLaren. Y eso a veces resulta mala cosa, especialmente cuando supone un reto para la persona con quien se habla.

El capataz distendió los labios en una sonrisa.

—¿No echa mano al revólver, Mae?

—No, McLaren. He aprendido por instinto a comprender cuándo me encuentro en desventaja, y ahora sé que algunos de sus hombres están detrás de mí, listos para hacer fuego. Bastaría con que yo tocase con los dedos la culata de mi revólver para que sus chicos me agujereasen la piel.

El rostro de McLaren se tomó serio.

—Usted no los ve, Mae.

—Pero los presiento, capataz. Ha querido sacarme de quicio para provocar un desenlace conforme a sus deseos; pero le voy a hacer una advertencia. Aunque tenga a sus amigos detrás de mí, ya puede estar seguro de que si me hace sacar el revólver, me lo llevaré a usted por delante.

Hubo un largo silencio. Los Ojos de McLaren fueron de la cara de Mae a los hombres que estaban bajo el porche preparados para desenfundar las armas.

Bill Mae supo que en aquellos instantes se estaba jugando la vida.

Por último, McLaren se echó a reír otra vez.

—No hace falta que se ponga así, Mae.

—Dígale a ella que no me iré sin hablarle.

—Ya lo ha hecho conmigo, y no hace falta que demore más su estancia en el ABC.

Bill sacudió la cabeza, pero de pronto dio un salto al tiempo que desenfundaba. Atrapó por la cintura a McLaren y lo atrajo hacia sí, cubriéndose con su cuerpo.

Algunos *cowboys* desenfundaron también muy rápidamente, pero al instante McLaren gritó, con voz temblorosa:

—¡Quietos todos, muchachos!

Sobrevinieron unos segundos de perplejidad, y luego Bill habló al oído del capataz:

—Dígales que se retiren de la casa.

—Está bien, chicos —asintió McLaren—. Ya lo habéis oído. Daos una vuelta por ahí hasta que Bill Mae se marche.

Los *cowboys* obedecieron y, finalmente, Bill empujó al capataz al interior de la casa.

McLaren señaló una puerta.

—La señorita Woolf se encuentra en esa habitación.

—Usted me acompañará, McLaren, e irá delante.

McLaren caminó hacia la puerta y la abrió, pasando dentro. Mae entró a continuación y se detuvo observando a la joven que había cerca de una ventana.

Ella podía tener veintidós o veintitrés años y era muy esbelta, de cabello renegrido y cara de óvalo perfecto en la que resaltaban los ojos grandes, enormes, y los labios húmedos, rojos. Su seno era alto y firme, la cintura estrecha y las caderas anchas.

Durante un rato, la joven y Bill se quedaron mirando y, por fin, ella dijo:

—Debí suponer que usted sacaría a relucir sus malas artes, señor Mae.

—¿Sí? —murmuró Bill.

—Es un forajido y se comporta como tal.

—Además de forajido, soy su acreedor, señorita Woolf.

—Ya. Y ha venido a cobrar sus dos mil seiscientos dólares.

—La felicito por su memoria, señorita Woolf.

—Y yo a usted por la prisa que se ha dado por venir a mi rancho, cuando hace apenas unas horas que ha llegado a la ciudad.

—Necesito dinero, y es por lo que he venido. No pretendo que amortice de una sola vez su deuda, señorita Woolf. Me conformaría con que sólo pagase una pequeña parte.

—No le abonaré ni un solo centavo.

—¿Quiere decir que tiene dinero y que no me va a pagar?

—Exactamente. Podría entregarle mil dólares, pero no lo voy a hacer.

—¿Por qué?

—Sé que está usted en dificultades, y no es mi intención solucionárselas.

—Tengo entendido que mi tío Spencer le dejó a usted el dinero porque usted se encontraba en una situación difícil. Él le salvó en aquella coyuntura.

—Y yo haría lo mismo con su tío Spencer, pero usted no es él. Y sépalo de una vez, señor Mae, usted no es un vecino grato.

—Pensé que encontraría colaboración en usted, señorita Woolf.

—Fue muy lejos al suponerlo. —La joven levantó altivamente la barbilla—. Y para que todo quede aclarado, debo agregarle algo. No tengo la obligación de liquidar su deuda hasta dentro de seis meses. Entonces usted me podrá exigir el pago de los dos mil seiscientos dólares. Hasta entonces, estoy libre de todo compromiso y le ruego que no vuelva a poner los pies en mi rancho.

—¿Ya ha terminado, señorita Woolf?

—Sí, creo que ya acabé.

—En ese caso, óigame a mí ahora. Usted es una condenada orgullosa que pretende despreciarme por el simple hecho de que yo he tenido un pasado turbulento. Soy el heredero de Spencer y me llegué aquí en visita de buena voluntad. Me habría dado por conforme si usted me hubiese dicho que carecía de efectivo, pero ya veo que ése no es el caso. Quiere mi ruina. ¡Desea que me marche lo mismo que tantos otros, pero ni ellos ni usted lo verán! Pese a todos, me quedaré en Lester City, señorita Woolf, y será mejor que vaya preparando los dos mil seiscientos dólares para dentro de seis meses, porque si no los tiene, le juro que pediré sin pestañear el embargo de su rancho.

Hubo un silencio, mientras los dos jóvenes se miraban desafiantes.

Por último, Bill giró sobre sus talones y salió de la habitación.

Bajó del porche y se disponía a montar en su silla, cuando de pronto cayó un lazo sobre su cabeza rodeándole el cuerpo.

Trató de mover la mano derecha hacia su funda, pero en esto le dieron un tirón fuerte y cayó al suelo.

Oyó fuertes risotadas y, de pronto, dos hombres se inclinaron sobre él y lo despojaron de las armas.

—¡Vamos, echa a correr, Buck! —gritó uno de los *cowboys*.

Bill Mae se puso en pie rápidamente, al tiempo de ver que el lazo con que le habían cazado era sostenido por un jinete, el cual en ese instante hundió las espuelas en el vientre del animal.

Bill corrió sin proponérselo. Sabía que si perdía el equilibrio, el jinete lo arrastraría sin piedad. El caballo galopaba demasiado y, finalmente, no pudo seguir la loca carrera y se derrumbó en el suelo.

Sintió cómo las piedras cortaban su piel, y cómo su cara se arañaba contra el suelo.

Trató de incorporarse, pero no pudo lograrlo porque el jinete no frenaba en su avance.

Pensó que su verdugo no se detendría hasta tenerlo reventado, pero de pronto quedó inmóvil respirando entre jadeos.

El jinete había llegado a una empalizada que le interrumpía el camino, y se volvió riendo, orgulloso de su hazaña.

Otros *cowboys* corrieron hacia donde se hallaba Bill, en el suelo.

—¡Eh, miradle, muchachos! —dijo alguien—. ¡Ahí tenéis a Bill Mae, el más famoso pistolero de todo el Oeste!

—¡No es Bill Mae! —gritó otro—. ¡Ahora se llama Bill, *Pingajos*!

Bill se puso en pie, escupiendo saliva y sangre. Estaba cubierto de polvo de pies a cabeza y la sangre también le resbalaba de la cara y la sentía correr por otras partes de su cuerpo. Sus ojos brillaban observando a los hombres que se reían de él.

Uno de los tipos se le acercó.

—¿Por qué miras así? ¿No sabes ser un tipo modesto? Yo te enseñaré.

Lanzó el puño contra la cara de Bill, pero éste se dobló a un lado burlando el golpe, y entonces el *cowboy*, rabioso, le propinó un

rodillazo en el bajo vientre.

Bill se sintió invadido por una gran ira, y cuando logró respirar separó con todas sus fuerzas los brazos, tratando de romper la cuerda, pero sólo consiguió que ésta se le clavase en la carne.

De pronto, oyó la voz de McLaren.

—¿Qué hacéis, muchachos? ¿No sabéis que eso no está bien?

Bill levantó la mirada y observó al capataz, que lo estaba mirando, muy serio.

—Llevadlo detrás de la casa —ordenó McLaren.

El jinete tiró de la cuerda.

—Vamos, Bill *Pingajos*. Dale a las piernas.

Los *cowboys*, ahora con su capataz al frente, fueron detrás de Bill.

Llegaron a la parte trasera del rancho, donde estaban las cuadras.

McLaren hizo una señal para que el jinete se detuviese.

Hubo un silencio expectante entre los hombres cuando McLaren se enfrentó de nuevo con el prisionero.

—Fuiste un atrevido al venir aquí, Bill Mae. Tú solo eres un forajido. ¿Y sabes lo que hacemos en esta región con los tipos de tu clase?… ¡Los ahorcamos!

El capataz hizo una pausa sonriendo.

—Pero tú vas a tener suerte, Bill Mae. No te vamos a ahorcar, aunque quizá desees estar muerto cuando hayamos terminado contigo.

Pronunciada su última palabra McLaren golpeó al indefenso Bill en el estómago y el hígado. Lo levantó con un rodillazo y finalmente le descargó el puño en la boca.

Bill se desplomó en el suelo y McLaren le pegó un puntapié en el costado.

—Vamos, levántate, cerdo.

Bill se tomó unos segundos de descanso y de pronto embistió como una res al capataz.

Levantó a éste en el aire y lo volteó. Las risotadas se acallaron un momento cuando los *cowboys* vieron a su jefe rodar como una pelota por el suelo.

Bill se lanzó sobre el capataz, pero de pronto el jinete que lo tenía cautivo dio un fortísimo tirón y el joven fue lanzado hacia

atrás, antes de que llegase a tocar otra vez a su enemigo.

McLaren se levantó, escupiendo polvo, los ojos inyectados en sangre, la boca babeante.

—¡Maldito seas, Bill Mae, te voy a hacer pedazos!

Bill se le enfrentó con los nervios del cuello tensos como cuerdas de guitarra.

—¡Anda, McLaren! ¡Dile a tu hombre que me suelte! ¡Díselo y arreglaremos cuentas tú y yo!… ¡Como debe ser!… ¡De hombre a hombre!

McLaren por toda respuesta, se lanzó sobre Bill, golpeándolo con todas sus fuerzas.

Mae trató de burlar los golpes, pero tal como estaba, con los brazos sujetos a su cuerpo, no pudo resistir mucho y finalmente fue alcanzado una y otra vez en la cara y en el pecho, y al límite de sus energías se derrumbó en el suelo y aun allí McLaren continuó dando rienda suelta a su furia, propinándole puntapiés en todo el cuerpo.

Entonces, Bill Mae perdió el sentido.

CAPÍTULO IV

Cuando abrió los ojos se encontró tendido en una cama. No conocía el techo ni las paredes. Fue a enderezarse, pero de pronto sintió agudas punzadas en todo el cuerpo y dejó caer otra vez la cabeza sobre la almohada.

En ese instante dijo una voz:

—No se mueva, hijo.

Alguien se movió hacia el borde del lecho y enseguida lo vio. Era un hombre de unos cincuenta y cinco años, de cabello blanco y facciones simpáticas.

—¿Se pegó con una pared, muchacho?

—Con algo peor que eso, abuelo. Tropecé con una legión de bastardos que, no satisfechos con el número, me impidieron defenderme.

—Bueno, pues tiene que dar gracias a Dios porque no lo matasen. ¿Quiénes fueron?

—Al McLaren y los chicos del rancho ABC.

—Debí suponerlo. Tiene usted razón. Ese tipo es el peor bastardo que hay en la comarca.

—¿Y cómo lo tiene a sus órdenes la señorita Woolf?

—Fannie ha aceptado su colaboración porque McLaren se las arregla bien para vender el ganado.

—Creí que ningún ranchero podía vender sus reses.

McLaren es una excepción. ¿De qué medios se vale para ello?

—Vende a un precio inferior, sin importarle que la señorita Woolf pierda dinero. La ha convencido de que lo importante es tener plata para pagar a los hombres.

Naturalmente, McLaren sólo piensa en sí mismo. Cuando Fannie se encuentre arruinada, él se casará con la muchacha y entonces

organizará las cosas de otra forma.

—Un tipo listo. ¿Dónde me recogió, abuelo?

—Entre unos arbustos del camino. Su caballo estaba a su lado y me lo traje conmigo.

—¿Sabe ya quién soy?

—Me imaginé que usted sería Bill Mae.

—Acertó, abuelo. Y usted, ¿quién es?

—Uno de sus deudores.

Bill observó los ojos del viejo.

—Luke Jones, ¿eh?

—Sí, Mae, y si quiere que le pague los mil ochocientos dólares que le debo, tendrá que llevarse un rebaño de reses, porque apenas tengo en casa más de cien condenados dólares.

—No se preocupe. No se los voy a pedir.

—¿No fue usted al rancho ABC a zanjar cuentas?

—Sí, pero la señorita Woolf no quiso hablar de ello.

—Si ella hubiese querido, le habría abonado algo a cuenta.

—Es lo que la propia Fannie me anunció, pero dejó bien establecido que no me hacía ese favor porque yo soy un forajido.

Luke Jones soltó una risita.

—Esa chica tiene mucho orgullo.

—Me di cuenta de ello apenas cruzamos unas palabras.

—Al parecer, usted también se encuentra sin blanca.

—Sí, Jones, y lo peor es que mis muchachos me han amenazado con largarse si no les pago en un plazo de tres días —de pronto Bill se dio cuenta de que ya había oscurecido y de que la iluminación que había en la estancia se debía a una lámpara de petróleo que había sobre la mesilla de noche—. ¿Cuánto tiempo llevo aquí, abuelo?

—Unas cinco horas.

—Tengo que marcharme.

—¿Adónde va con tanta prisa? Es mejor que se quede aquí hasta mañana, en que estará un poco más repuesto.

—He de ver a mis otros dos deudores que viven en la ciudad.

—¿Connington y Freeman? Son dos tipos de cuidado, tan peligrosos como Al McLaren, y hasta puede que peores que él.

—Pero me da en la nariz que Connington y Freeman deben tener dinero. Ninguno de los dos es ranchero.

—A Connington le va muy bien con su garito, y en cuanto a Freeman, sé que gana mucho dinero con el contrabando.

—¿Contrabando?

—Se dedica a pasar por la frontera mexicana encajes, vestidos de señora y un centenar de objetos más. Cada día, su negocio, es más floreciente.

—Si es así, ¿por qué diablos no liquidaron sus deudas con el tío Spencer?

—Ya sabe, hay ciertas personas que, aunque tengan dinero, no quieren pagar a nadie.

—Gracias por sus noticias, Luke —dijo Bill, y puso los pies en el suelo.

—¿Se va a marchar en serio, muchacho?

—Sí, abuelo. Quiero conseguir el dinero que necesito. Connington y Freeman pueden ser mi solución.

—Deberá andar con cuidado.

Bill observó los revólveres que tenía en las fundas. Después de todo, los chicos de McLaren se los habían devuelto.

Caminó hacia un rincón donde había un lavabo y se observó la cara en el espejo. Tenía unas cuantas heridas en la cara, pero no estaba muy hinchada.

El agua fresca le hizo mucho bien. Luego, Luke Jones le dio un cepillo y se quitó el polvo de la ropa. Finalmente se peinó y tendió la mano al viejo.

—Oiga, Mae —dijo Luke, estrechándosela—. No es que quiera meterme donde no me llaman, pero ¿está usted seguro de obrar bien quedándose por estos andurriales?

—¿Qué se le ocurre, abuelo?

—Lester City y su comarca quedarán arruinadas muy pronto. Llevamos resistiendo un par de años, pero ya estamos al borde de la desesperación. Muy pronto empezaremos a vender por lo que sea y los rancheros del Gila se frotarán las manos, satisfechos.

—Me hablaron de una solución, Luke. Todo se arreglaría si se alargase el tendido del ferrocarril hasta la ciudad.

—Eso es un sueño.

—Pero ¿qué pasaría si el tendido llegase hasta Lester City?

—Infiernos —exclamó Luke, parpadeando—. Eso sería nuestra salvación.

—Es posible que yo intente convencer a cierta persona para que se realice la prolongación.

—¿Usted, Mae?… ¡No lo han podido conseguir ni los propios senadores!… Tuvimos que abandonar la idea hace mucho tiempo.

—No diga nada a nadie, Luke, pero en cuanto haya solucionado mi asunto económico, me largaré a Austin.

—Descuide, seré una tumba.

Luke acompañó a Bill hasta el establo. Luego se despidieron, y eran las nueve de la noche, cuando el joven llegó a la ciudad. No necesitó preguntar a nadie por la ubicación del garito de Connington, ya que vio una casa muy iluminada sobre cuya puerta campeaba el nombre de su deudor.

En el local había mucha gente, hombres de todos los aspectos y mujeres de vida fácil, que formaban parte del equipo de la casa. A la izquierda estaba el bar y al otro lado había medio centenar de mesas y una puerta que comunicaba con el salón de juego.

Algunos hombres reconocieron a Bill enseguida y, poco a poco, el anuncio de su llegada, corrió por todo el establecimiento.

A Mae le molestaba su fama y se acercó al bar pidiendo un vaso de *whisky*. Estaba bebiendo, cuando oyó una voz cerca de él.

—Eres un buen mozo, Bill Mae.

Vio a su lado a una rubia de cara interesante.

—Hola, chica. Creo que me puedes hacer un favor.

—Llámame Susan.

—Muy bien, Susan. Desearía hablar con tu patrón.

—¿Por qué no me invitas antes a una copa?

—Primero son los negocios, muchacha. Siempre hay tiempo para lo otro.

La rubia hizo un gesto afirmativo y le dijo que la siguiese: Serpentearon por entre las mesas e se introdujeron en el salón de juego.

Susan se detuvo ante una puerta.

—Está ahí dentro. Yo te esperaré aquí.

Bill entró sin llamar y tras una mesa vio a un hombre que se cubría con un traje Príncipe Alberto. Frisaba en los treinta y cinco años y era guapo, aunque por su aspecto parecía muy varonil.

—¿Connington? —inquirió Bill.

—Sí —respondió el interpelado, observando a su visitante—.

¿Quién es usted y qué desea?

—Soy Bill Mae.

Los ojos de Connington adquirieron un nuevo brillo.

—Vaya, es casi un honor que usted me visite. Confieso que por mi local han pasado personas muy célebres, pero desde luego ninguna lo ha sido tanto como usted, Bill Mae.

—Gracias, Connington.

—¿Sabe que una vez pensé en mandarle a un hombre para que lo trajese aquí?

—¿Sí?

—Quería contratarlo como guardaespaldas.

—¿Guardaespaldas de quién?

—Mío, naturalmente.

—¿No tiene la conciencia tranquila?

—Eso resulta muy gracioso viniendo de usted, Mae.

—Hablemos de otra cosa, Connington. He venido a que me pague los mil trescientos dólares que me debe.

—¿Cómo? —El dueño del garito enarcó las cejas.

—Me estoy refiriendo a la deuda que usted contrajo con mi tío Spencer, del cual soy heredero.

Connington se echó a reír.

—Es usted un tipo que va al grano, señor Mae, pero me temo que no le pueda ayudar en esta ocasión. No tengo los mil trescientos dólares que usted necesita.

—Usted es propietario de un local que rinde muchos beneficios, Connington, y apuesto a que podría pagar una cantidad mucho mayor. Pero sólo me voy a conformar con lo que es mío.

—Vino equivocado, Mae, y ahora si me lo permite, quiero estar solo. No me gusta hablar de dinero a ciertas horas del día.

Bill hizo un movimiento rápido con su mano y apuntó con el revólver al pecho de su interlocutor.

—Pruebe a darme otra respuesta, señor Connington.

El dueño del garito hizo una mueca.

—¿Me va a asaltar, Mae?

—No; ya le he dicho que sólo quiero lo que es mío. Vamos, Connington, escupa los mil trescientos antes de que empiece a ponerme nervioso.

—Está bien, Mae. No es necesario que se excite.

Connington se dispuso a abrir un cajón de la mesa, pero Bill hizo un movimiento con la pistola para que se estuviese quieto.

—Es preferible que yo me ponga a su lado, Connington. Así no le vendrá ninguna mala tentación.

Mae dio la vuelta a la mesa y abrió por sí mismo el cajón del lado al que se había inclinado Connington. Tal como esperaba, en el fondo había un revólver de cañón corto.

—El arca del dinero no está aquí —dijo Bill.

—Soy muy desmemoriado —dijo Connington—. Me equivoqué de cajón.

Bill le aplicó el cañón de la pistola en el cuello.

—Ábralo usted mismo, Connington y será mejor que se deje de artimañas o le vuelo la cabeza.

Connington se resignó. Sacó un arca del otro cajón de su escritorio y del interior extrajo dos gruesos fajos de billetes. Contó durante un rato y finalmente pagó a Bill los mil trescientos dólares, el cual los hizo desaparecer en el bolsillo.

—Quiero que me haga un recibo, Mae —dijo Connington.

—Muy bien. Hágalo usted mismo y yo lo firmaré.

Connington hizo el recibo y lo puso al lado de Mae para la firma.

Bill tomó la pluma y cuando había escrito la mitad de su nombre, Connington se le echó encima, golpeándole en el hígado.

Bill descargó un culatazo en la cara de Connington, el cual se desplomó de la silla, lanzando un grito de dolor.

Finalmente, Bill terminó de firmar y se apartó de la mesa.

Connington gritó fuera de sí:

—¡Maldito sea, me ha hecho una buena grieta!… ¡Me ha desfigurado la cara!

—Usted tuvo la culpa, Connington, pero no debe preocuparse mucho. Continúa siendo guapo y las mujeres le seguirán queriendo.

Bill se retiró hacia la puerta, la cual abrió, saliendo fuera. Pero entonces ya tenía el revólver en la funda.

La rubia se le colgó del brazo.

—¿Me vas a invitar ahora, buen mozo?

—Tienes pagada una copa, Susan.

Se dirigieron de nuevo al mostrador, donde bebieron su *whisky*. Luego, Bill se despidió.

—Tengo trabajo, Susan, te veré en otra ocasión. A propósito, ¿dónde tiene Walter Freeman su tienda?

—Al otro extremo de la calle.

Bill le dio las gracias y diez minutos más tarde se encontraba ante la tienda del cuarto deudor de su tío.

El local estaba cerrado, pero vio una luz procedente del interior y golpeó en los cristales. A poco le abrió un hombre de unos cincuenta años, bajo de talla y cabeza redonda, casi calva.

—¿Es usted Freeman? —inquirió Bill.

—Sí, pero no puedo vender nada a estas horas. Justamente estoy haciendo un inventario de las mercaderías. Vuelva mañana, muchacho.

Freeman fue a cerrar la puerta, pero el joven metió una bota por el resquicio, impidiéndoselo.

—¿Es que no me ha oído, muchacho? —exclamó Freeman con acritud—. No son horas para ir de compras.

—No he venido a comprar, Freeman. Mi nombre es Bill Mae.

El comerciante empezó a abrir más los ojos. Entonces, Bill, empujó la puerta con el hombro y se coló en el interior.

Freeman levantó los brazos.

—¡No dispare, señor Mae!

Bill enseñó sus manos vacías.

—No he sacado ninguna pistola, señor Freeman.

Freeman se mojó los labios, pero no bajó los brazos.

—¿Qué quiere, Mae? —Casi gimió.

—Los mil quinientos dólares que le prestó mi tío Spencer.

—Caramba, yo juraría que se los pagué.

—Tonterías, Freeman. Usted sabe perfectamente que no los pagó.

—¿No? Es posible que tenga usted razón, pero debe comprenderlo. Llevo demasiados números en la cabeza.

—Está bien Freeman: Tengo prisa. Deme los mil quinientos.

—Venga conmigo a la trastienda y se los daré.

Fueron a la trastienda y allí, Freeman pasó por detrás de un montón de cajas, alejándose de Bill.

De pronto, el joven se dio cuenta de que el comerciante hacía un movimiento extraño con el brazo y sin dudarlo un instante, sacó el revólver y disparó.

El proyectil atravesó la mano del contrabandista, el cual lanzó un aullido de dolor, dejando caer un revólver en el suelo.

Bill apretó los dientes con rabia.

—Ahora debería rematarlo, Freeman.

—¡No lo haga, señor Mae! ¡Por lo que más quiera!… ¡No lo haga!

—Vamos, Freeman. Siento asco de su presencia. Deme el dinero y me iré enseguida.

De repente se oyó una voz femenina, procedente de un lugar situado a espaldas de Bill.

—Suelte esa arma, pistolero. Yo también tengo un revólver y le juro que estoy dispuesta a utilizarlo.

CAPÍTULO V

Bill permaneció inmóvil, todavía con el revólver en la mano.

Vio un espejo enfrente y en él vio la figura de la joven que, efectivamente, lo estaba amenazando con una pistola. Su rostro era bellísimo, de ojos azulados, nariz finamente trazada y boca pequeña.

—No se meta en esto, señorita.

—Le he dicho que suelte el revólver, salteador.

—Esto no es un asalto, señorita —insistió Bill—. Freeman se disponía a pagarme un dinero que me debe.

Freeman chilló, mostrando su mano llena de sangre.

—¡No lo crea, señorita Mills! Es Bill Mae, *el forajido*.

—Bill Mae —repitió la joven y apretó con más fuerza la culata del revólver que esgrimía—. ¿Es cierto?

—Sí, es cierto, señorita Mills —convino Mae—. Pero sólo he venido aquí a liquidar una deuda que Freeman contrajo con mi tío.

Freeman volvió a gritar:

—¿Qué está esperando, señorita Mills? ¡Apriete el gatillo! ¡Mátelo!… Será recompensada. Todo el pueblo de Lester City la aplaudirá por su gesto.

Bill vio a su izquierda un montón de gamuzas. Movió la mano libre hacia ellas y tomando la que había en la parte de arriba, la arrojó con todas sus fuerzas contra la cara de la muchacha, saltando él a continuación.

La gamuza golpeó contra el bello rostro de la muchacha y luego Bill la apretó por la muñeca armada, haciéndola girar bruscamente y le obligó a soltar el arma.

Todo sucedió tan aprisa que la señorita Mills no tuvo oportunidad de apretar el gatillo.

Freeman intentó tomar con la mano sana la pistola que había en el suelo, pero Bill le advirtió:

—Ya ha dado bastante guerra, Freeman. Estese quieto o me lo cargo aquí mismo.

Freeman volvió a enderezarse, tragando saliva.

La señorita Mills miró, furiosa, a los ojos de Bill.

—¡Déjeme, pistolero! ¡Me está haciendo daño!

Mae la dejó libre y entonces la pudo observar de cuerpo entero. Era casi tan esbelta como Fannie Woolf, pero la señorita Mills poseía más bellas redondeces.

—¿Qué está mirando, pistolero? —dijo ella, sintiéndose observada.

Bill no supo contestar, pero finalmente, se volvió hacia Freeman.

—Págueme los mil quinientos dólares, contrabandista, y será mejor por su bien, que no intente otra treta. Esta vez tiraré a su frente y le apuesto lo que quiera a que no le concedo otra oportunidad de tener un pensamiento.

Freeman hizo un movimiento afirmativo con la cabeza. Introdujo la mano en el bolsillo interior de la chaqueta y sacó una abultada cartera, que alargó a Bill.

—Tómelo todo.

Mae dejó el «Colt» sobre las gamuzas a su alcance, sacó los billetes de la cartera y contó mil quinientos dólares, que se guardó en el bolsillo. Luego devolvió la cartera a Freeman y tomó nuevamente el revólver.

—Ahora quedamos a la par, Freeman. Si tiene papel y pluma le haré un recibo.

—Es lo mismo. No hace falta que haga nada.

—No, Freeman, quiero que las cosas queden claras. Ahora, usted ha liquidado la deuda de mi tío Spencer y es justo que tenga el correspondiente resguardo.

Freeman hizo un gesto rabioso, mientras se cubría la mano herida con un pañuelo.

—¡Por mí, puede irse al diablo ese recibo, señor Mae!

—Muy bien, a pesar de todo, se lo mandaré con un mensajero.

Bill miró a la señorita Mills, la cual había empezado a sentirse confusa desde que aquel joven Bill Mae se había hecho dueño de la situación.

—Siento haberla asustado, señorita Mills, pero usted podría haberse puesto nerviosa con ese revólver. A propósito, ¿es suya el arma?

—Sí.

—No debe llevarla en su bolso si no se siente con el coraje necesario para utilizarla.

—Es un maravilloso consejo, teniendo en cuenta la persona que lo hace. Usted, al parecer, está muy acostumbrado a utilizar las armas de fuego.

—Sí, señorita Mills, estoy muy acostumbrado. Pero no se puede imaginar la de veces que me he visto obligado a apretar el gatillo sin yo desearlo —Bill echó a andar hacia la puerta—. Ha sido un placer conocerla, señorita Mills.

Salió del local y se encaminó al lugar donde había dejado su caballo. Poco después iniciaba el camino en viaje de regreso a su rancho.

Llegado a su casa, dijo a un *cowboy* que diese recado a Oscar Martyn de que lo estaba esperando.

Sam le sirvió la cena en el comedor, y estaba dando cuenta de un buen asado, cuando el capataz entró en la estancia.

—Buenas noches, señor Mae.

—Siéntate, Martyn.

—Prefiero estar de pie.

Bill lo miró a los ojos.

—No te soy simpático, ¿verdad, Oscar?

—No, confieso que no.

—¿Qué clase de armas utilizas, Oscar?

—«Colt» 45, como usted.

—¿Rifle?

—Sí, tengo uno.

—¿«Winchester», acaso?

Oscar Martyn ladeó la cabeza, mirando a su patrón.

—¿Adónde quiere ir a parar, señor Mae?

Bill sacó del bolsillo de su chaqueta el plomo que se había incrustado en el despacho del juez Waddell.

—Hoy, a mi llegada, intentaron asesinarme. Precisamente con un «Winchester» 73.

Hubo un silencio y, luego, Martyn dijo:

—No me he movido del rancho en todo el día.

Bill permaneció un rato mirando a los ojos de su interlocutor y finalmente dijo:

—Está bien, Martyn. Ya daré con el que lo hizo.

—Parece que piensa estar mucho tiempo aquí.

—Sí, Martyn, ésa es mi idea.

El capataz hizo un gesto negativo con la cabeza.

—No, señor Mae. Usted ha calculado mal. A menos que piense cuidar su rancho solo.

Pasado mañana nos iremos.

—¿A cuánto se elevan los atrasos?

—Novecientos dólares, incluyendo lo mío.

Bill sacó un fajo de billetes del bolsillo y contó novecientos dólares, que arrojó hacia el lado de la mesa más próximo a Martyn, quien ya estaba haciendo un gesto de perplejidad.

—Ahí tienes el dinero, Oscar —dijo Bill—. Paga a los muchachos y asunto concluido.

—¿A quién ha asaltado, señor Mae?

Bill lo miró fríamente a la cara.

—Di otra cosa como ésa y te juro que te rompo la cara, Martyn.

El capataz enrojeció hasta la raíz del cabello, y Bill prosiguió:

—Ya tenéis lo que se os debe. Ahora ya se puede marchar el que quiera, incluyéndote a ti. Todos estáis en libertad de largaros del rancho.

Martyn tomó el dinero y lo guardó en el bolsillo.

—Gracias por darse tanta prisa en pagarnos, señor Mae. En cuanto a lo de marchamos, tendré que consultarlo con los muchachos.

—De acuerdo, Martyn, pero mañana al amanecer he de saber quiénes se quedan.

Quiero que les hagas a todos una advertencia. A partir de ahora yo soy el patrón y como tal, debo ser respetado.

—Corriente, señor Mae. Recibirá nuestra respuesta a primera hora del día.

Bill continuó su cena y al cabo de un rato entró en el comedor el viejo Sam.

—¿Le gustó el asado, señorito Bill?

—Tu asado fue estupendo, pero a partir de ahora, te agradeceré

que apees el tratamiento. Llámame Bill a secas.

—Sí, señor…, quiero decir Bill.

Mae le dirigió una sonrisa y de pronto hizo chasquear los dedos.

—Oye, Sam. Quiero hacerte una pregunta relacionada con una muchacha que he conocido en Lester City. Sólo sé que se llama Mills.

—Oh, sí. Es Wanda Mills, la maestra. Una gran muchacha. Yo la aprecio mucho desde un día en que salió en mi defensa.

—¿Por qué salió en tu defensa?

—Dos hombres del equipo del ABC quisieron pegarme una paliza. Estaban borrachos.

La señorita Mills se comportó muy valientemente, enfrentándose con aquellos hombres.

—Sí, he notado que tiene bastante valor —Bill hizo una pausa—. ¿Casada, Sam?

—No, señor. Pero hay un hombre muy cerca de usted que la pretende. Es su propio capataz.

—Vaya, no podía imaginar que Oscar Martyn tuviese tan buen gusto.

—Salen muchas veces juntos, y todos piensan que la señorita Mills y él se casarán muy pronto.

—Estoy seguro de que la señorita Mills hará feliz al hombre que sea su marido.

—Sí, señor. Yo pienso lo mismo.

Bill se puso en pie.

—Bueno, Sam. Estoy un poco cansado y me vendrá bien un sueño.

CAPÍTULO VI

Minutos más tarde, Bill se desnudó en su habitación y se tendió en la cama. No tardó en conciliar el sueño.

De pronto, sin saber cuánto tiempo había transcurrido, oyó un gran alboroto y empezó a enderezarse.

Se abrió la puerta de su dormitorio y penetraron en la estancia tres hombres. Dos de ellos estaban armados y el tercero sostenía un quinqué.

Sam apareció detrás, jadeante.

—No tiene derecho a entrar así en esta casa, *sheriff*.

Instintivamente, Bill fue a arrojarse sobre los revólveres que había dejado al pie de la cama, pero al oír que Sam nombraba a un *sheriff* se quedó quieto, observando al hombre que exhibía una estrella en el chaleco. Frisaba en los cuarenta años y era de cabello oscuro, frente estrecha y pómulos hundidos.

—¿Es usted Bill Mae? —preguntó.

—Usted sabe bien que soy Bill Mae —respondió el joven.

—De acuerdo, Mae. Sólo le falta saber que yo soy Jesse Lewt, *sheriff* del condado de Lester City.

—Celebro conocerle, *sheriff*. ¿A qué debo el placer de su visita?

—Bill Mae, en nombre de la ley, queda detenido.

Bill recordó al pronto lo ocurrido en la tienda de Freeman. Se había visto obligado a disparar contra el comerciante, pero al parecer, Freeman lo había denunciado al representante de la ley. ¿Y Wanda Mills? ¿Qué papel jugaba en todo aquello?

—No lo comprendo, *sheriff*. ¿Cuál es la acusación?

—Usted ha matado a Luke Jones, y es por lo que le detengo, Bill Mae.

Bill frunció el ceño sin apartar los ojos del rostro del

representante de la ley.

—¿Está usted loco, *sheriff*?

—Me encuentro perfectamente, Mae, y debo añadirle algo. Su crimen es algo verdaderamente repulsivo. Me las tendré que arreglar para evitar que lo linchen.

Bill endureció los músculos faciales.

—Yo no he matado a Luke Jones, *sheriff*.

—Ya lo sabemos. Usted es un angelito, un tipo que ni siquiera sabe apretar el gatillo del revólver.

—Ya sé por dónde va, *sheriff*. Yo soy Bill Mae, un fuera de la ley, el más famoso de todos los bandidos que quedan vivos.

—Estupendo —dijo Jesse Lewt—. Ahora se está poniendo en razón. Usted es el más famoso de los bandidos, pero esta vez le juro que lo colgaremos.

—¿Por qué no deja que me defienda, *sheriff*?

—Haría un gasto de saliva inútil y perdería usted el tiempo.

—¿Quién dice que yo maté a Luke Jones?

—Lo vieron salir de su casa, justamente cuando habían transcurrido cinco segundos después del disparo que acabó con su vida.

—Yo salía de ver a Luke Jones y no oí ningún disparo. Cuando me despedí de él estaba vivo.

El *sheriff* lo señaló con el dedo índice.

—Usted mismo lo acaba de confesar ahora. Fue a verlo.

—No, *sheriff*. No fui a verlo.

Jesse soltó una risita.

—Estuvo girando visitas a todos los deudores de su tío. Fue al rancho de Fannie Woolf, a la casa de juego de Connington y a la tienda de Freeman. ¿Va a decirme que no fue al rancho de Luke Jones, siendo así que usted admite haber hablado con él?

—Le repito que no fui a visitarlo. Luke Jones me recogió en el camino de su rancho.

—¿Qué es eso de que lo recogió?

—La visita al rancho de Fannie Woolf resultó un poco accidentada —a continuación, Bill contó al representante de la ley lo que había sucedido en el ABC y luego agregó—: Después de perder el sentido, me desperté en la casa de Luke Jones.

—Es una historia conmovedora que sólo sirve para demostrar

cuáles son sus instintos, Bill Mae. Luke Jones le tendió una mano y usted, apenas despertó, le exigió el pago de su deuda. Todos sabemos que Luke no tenía un centavo, de modo que usted se puso nervioso porque había recibido una soberana paliza y le metió en el cuerpo dos balas de su «Colt» 45.

—No, *sheriff*. Yo quedé agradecido a Luke Jones, y, a pesar de que sólo lo he visto en una ocasión, le juro que su muerte me revuelve las tripas.

—Qué curioso —dijo el *sheriff*, sarcástico—. A mí también me las revuelve… ¡Y es usted el causante!

Bill se pasó una mano por la cara en un gesto de exasperación.

—¡Le repito una y mil veces que yo salí del rancho de Luke Jones sin disparar un tiro! El propio Luke me acompañó al establo. ¿Dónde fue muerto?

El *sheriff* ladeó la cabeza, declarando con soma:

—En el establo.

—Usted dijo antes que alguien me vio salir del rancho de Luke. Yo no lo vi. ¿Quién fue?

—Ernest Remy, uno de los hombres del propio Luke.

—¿Dónde estaba él?

—En un rincón del establo echando un sueño. Despertó al oír los estampidos y entonces lo vio a usted.

—¡Eso es mentira, *sheriff*!

—Ernest está dispuesto a jurarlo sobre los huesos de sus antepasados.

—Esto es una confabulación, *sheriff*. ¿Forma usted parte de ella?

Jesse Lewt hizo una mueca.

—Debería descerrajarle un tiro, Mae, y no sé aún por qué no lo hago. Está bien. Vístase aprisa porque nos vamos.

Bill se vistió y, cuando ya estaba a punto de salir, entró en la estancia Oscar Martyn, el cual se dirigió al *sheriff*:

—¿Qué pasa, Jesse?

—Me llevo a tu patrón.

—¿Cuál es el motivo?

—Asesinó a Luke Jones.

Martyn volvió la cabeza rápidamente hacia Bill.

—¿Por qué hizo eso, señor Mae?… —se contestó a sí mismo—. Ya comprendo, trató de que Luke le liquidase su deuda. No debió

hacerlo, patrón.

—¿Ya has terminado, Martyn? —dijo Bill, rabioso.

—No se preocupe, patrón, le contrataré a un abogado. Soy amigo de Peter Oberst, el mejor, del condado de Lester City.

—No, gracias, Martyn. No necesito ningún abogado.

El *sheriff* emitió una risita.

—Me gusta su presencia de ánimo, Mae.

Bill no apartaba los ojos del rostro de su capataz.

—¿Qué has hecho durante esta noche, Martyn?

El interpelado se acarició el mentón con el dorso de la mano.

—Fui a dar una vuelta hasta el Valle de la Herradura.

—¿De noche, Martyn?

—Sí, los muchachos estaban marcando las reses y fui para comprobar si habían terminado —Martyn sonrió—. No, patrón. Yo no tenía nada que hacer en el rancho de Luke Jones.

El *sheriff* rezongó:

—No me interesan sus pláticas de familia, compañero. ¿Está listo, Bill?

—Sí.

—En marcha.

—Se olvida de mis revólveres, *sheriff* —dijo Bill.

El representante de la ley alcanzó el cinturón, que había a las patas de la cama. Sacó un revólver y lo comprobó.

—Tiene todas las balas —anunció.

Sacó el otro e hizo el examen. De pronto se echó a reír, y Bill Mae sintió un escalofrío en la espalda, porque ya sabía lo que el *sheriff* le iba a decir.

El representante de la ley encanutó los labios y lanzó un silbido.

—Faltan dos balas en este revólver, Mae. ¿Puede explicar eso?

—Disparé contra uno de mis propios hombres, un pelirrojo llamado Tim.

—¿De veras? ¿Y por qué iba a disparar contra uno de sus propios hombres?

—No me reconoció al llegar aquí y tuve que exhibirle mi carta de presentación. Puede preguntárselo a él mismo.

El *sheriff* miró a Oscar Martyn.

—¿Puedo?

—Sí, *sheriff*. Tim quedó abajo. Justamente vino conmigo del

Valle de la Herradura.

—Muy bien —aceptó el *sheriff*, volviendo a mirar a Bill Mae—. ¿Y la otra bala?

—La disparé contra Freeman.

—¿Contra Freeman? ¿Qué historia es ésa?

—Intentó matarme a traición y no tuve más remedio que disparar contra él. Mi proyectil le atravesó la mano.

—Bueno, no le creo a usted una palabra, Bill Mae, pero haremos las comprobaciones para que quede usted satisfecho. Andando, Mae.

Sam, el criado, tomó una mano de Mae.

—Lo siento mucho, Bill… Yo sé que usted es inocente… No sería capaz de haber matado al señor Luke Jones, porque él era un buen hombre.

—Gracias, Sam, pero al parecer, no hay nadie que piense como tú.

Salieron del porche de la casa, donde había un grupo de *cowboys*.

—¡Tim! —llamó Oscar—. ¡El *sheriff* te necesita!

—¿Qué quiere, Jesse?

El *sheriff* señaló con el dedo índice a Bill.

—Bill Mae dice que disparó una bala contra ti.

El pelirrojo se humedeció los labios con la lengua, titubeó un instante y, finalmente, dijo:

—Creo que eso lo ha soñado.

Bill Mae sintió un vacío en el estómago.

—¿Por qué mientes, Tim? —preguntó.

El *sheriff* sacudió la cabeza.

—Ya basta, Bill Mae. No dirá que no le estoy concediendo oportunidades. Su primera comprobación ha fallado. No trate ahora de coaccionar al muchacho para que diga lo que usted quiera.

—No se trata de lo que yo quiera, *sheriff*, sino de la verdad.

—Le ha faltado agregar algo. Es su verdad particular. No, Mae, no me voy a prestar a bailar al son que usted desee. También preguntaré a Freeman para que esté tranquilo, pero para entonces, usted estará en una celda.

Bill Mae se volvió hacia Oscar Martyn.

—Nos volveremos a ver, capataz.

—Me gustaría mucho, patrón —respondió Oscar—. Pero tal como están las cosas, me temo que le va a ser muy difícil probar su inocencia.

—Soy un tipo de mucha suerte, Oscar —respondió Bill—. Y nunca me falló en los momentos más difíciles.

Ya no se habló nada más. El *sheriff* y sus dos ayudantes acompañaron a Bill Mae a la ciudad.

Capítulo VII

Bill Mae estaba tendido en su camastro de la celda en la que lo habían encerrado cuando oyó pasos por el corredor. Se irguió hasta quedar sentado y al volver la cabeza, vio llegar por entre los barrotes al *sheriff*, acompañado de Freeman. Éste tenía la mano vendada pendiente de un pañuelo que ataba al cuello.

Era ya de día. Por el ventanuco de arriba se filtraban los rayos del sol.

—¿Cómo pasó la noche, Bill? —preguntó Jesse.

—Maravillosamente —repuso Mae, irónico—. No he echado de menos mi cama.

—Bien, le he venido a decir que le ha fallado también su segunda comprobación.

Bill observó los ojos llenos de regocijo de Freeman.

—¿De veras, *sheriff*? ¿Qué le ha dicho él, con respecto a su mano herida?

—Se le disparó su propio revólver mientras lo cargaba. Es un accidente que, después de todo, ocurre con alguna frecuencia a personas que no están acostumbradas al manejo de las armas.

—¿Y no le ha dicho que anoche le hice una visita?

—Sí, también se ha referido a eso. Y ha dicho que usted no necesitó recurrir a nada para cobrar los mil quinientos dólares que él le debía.

—Claro que sí, no ocurrió nada. Freeman es una bellísima persona. Le dije que soltase la pasta y él lo hizo con una sonrisa.

El *sheriff* movió la cabeza.

—Celebro que se lo tome así, Bill. Usted es un tipo entero.

Freeman dejó oír por primera vez su voz.

—¡Sólo es un sucio canalla, un indeseable!

—¿Por qué dice eso, Freeman? —preguntó Mae—. Si yo no lo herí a usted, ¿qué tiene contra mí? Me pagó los mil quinientos dólares que usted debía a mi tío Spencer y lógicamente no debería existir ninguna razón para que usted sintiese contra mí ese odio.

Freeman se mordió el labio inferior, dándose cuenta de que había ido demasiado lejos al exteriorizar sus sentimientos.

—Yo odio a todo aquel que está fuera de la ley.

—Entonces debe usted odiarse mucho a sí mismo, Freeman. Usted es un contrabandista, un tipo que delinque constantemente, y apuesto a que el *sheriff* conoce ese aspecto de su vida.

El *sheriff* carraspeó.

—No se vaya por las ramas, Mae. Es a usted a quien se va a juzgar ahora y le aseguro que no quisiera estar en su pellejo. Continúe durmiendo si así lo desea.

—Espere, *sheriff*.

—¿A qué tengo que esperar?

—Tengo un testigo.

—¿Un testigo? ¿De qué?

—Alguien vio lo que realmente pasó entre Freeman y yo. Esa persona le dirá a usted que Freeman intentó disparar contra mí y que yo le tomé la delantera y que, por lo tanto, esa herida de la mano se la hice yo.

—Dígame de una vez el nombre de esa persona.

—La señorita Mills.

El *sheriff* volvió la cara hacia Freeman.

—¿Qué dice usted a eso, Freeman?

—Es cierto que la señorita Mills se llegó a mi tienda, pero fue mucho después de que yo le pagase los mil quinientos dólares a Mae.

—Eso es completamente falso, *sheriff* —opuso Mae—. La señorita Mills vio cómo Freeman me alargaba la cartera para que yo mismo tomase el dinero.

—Está bien, hablaré con la señorita Mills.

Freeman dijo, indignado:

—¿Es que va a poner en duda mi palabra, *sheriff*?

—Señaló hacia el interior de la celda con su mano sana. —Él es Bill Mae, un forajido de la peor especie y yo soy Freeman, un honrado comerciante que paga sus impuestos a la ciudad y al

Estado.

Jesse hizo una mueca.

—No se ponga así, Freeman. Estoy convencido de que el único que dice la verdad es usted, pero es mi deber hablar con la señorita Mills acerca de este asunto.

—¡Muy bien! ¡Puede usted hacer lo que quiera, *sheriff*! —gritó Freeman—. Pero protestaré ante el alcalde y ante las fuerzas vivas de la ciudad por su desconsideración hacia mí.

El comerciante echó a andar muy rápido hacia el corredor.

El *sheriff* continuó junto a la celda, rascándose la nuca. Sus ojos observaban atentamente la figura de Bill Mae, sentado en el camastro.

—Debo advertirle algo importante, Bill.

—¿Que es ello?

—Se está formando un estado de opinión para su linchamiento.

—Qué noticia tan agradable. ¿Y qué va a hacer usted, *sheriff*?

—Me opondré a que lo ahorquen sin un juicio previo.

—¿Y usted cree que va a conseguir aplacar a las turbas?

El representante de la ley se mantuvo pensativo unos instantes y, finalmente, repuso:

—Creo que va a ser un poco difícil.

—Sus palabras son realmente confortadoras.

—Bueno, voy a echar una parrafada con la señorita Mills.

El *sheriff* también se fue y entonces Bill se tendió otra vez en el jergón, cruzando las manos bajo la cabeza.

Transcurrió una hora antes de que regresase el *sheriff*, quien se detuvo junto a la puerta, tomándose de un barrote con la mano derecha.

—¿Cómo?

—La señorita Mills contó una historia completamente distinta de la suya.

Mae se sintió profundamente decepcionado. Había tenido esperanzas de que la señorita Mills dijese la verdad y ahora resultaba que ella era exactamente como todos los demás.

—¿Qué es lo que dijo ella, *sheriff*? —preguntó.

—No oyó ningún disparo al acercarse a la tienda y cuando ella entró en el interior, usted y Freeman estaban charlando amigablemente. Freeman le entregó a usted el dinero y usted se fue.

La señorita Mills fue a comprar una docena de botones. Pagó con su dinero y se marchó. Eso es todo.

—Magnífico, *sheriff*. Todos ustedes están de enhorabuena. Ahora ya pueden decir que han logrado ponerme la soga al cuello.

El representante de la ley hizo una mueca.

—Es usted un tipo extraño, Bill Mae.

—¿Sí?

—Cualquiera diría, oyéndole, que es usted inocente.

—Lo soy, *sheriff*. Yo no maté a Luke Jones. No necesito asesinar a nadie. Cuando tiro contra un enemigo lo hago frente a frente y procuro que haya siempre el mayor número de testigos. Y sépalo de una vez, Jesse Lewt. Cuando yo he matado a alguien ha sido porque no merecía vivir. Jamás acabé con un tipo que fuese honrado. Siempre me enfrenté con basura y eso es algo que usted puede comprobar fácilmente.

—Usted perteneció a la banda de Jesse James.

—Sí, pero nunca maté a nadie. Él era un ladrón y yo sólo fui un miembro de su banda por muy poco tiempo, hasta que Jesse fue asesinado por la espalda.

—Y luego se fue con los hermanos Young. ¿Va a decir que tampoco ellos asesinaron?

—Cuando los hermanos Young despacharon al primer hombre, yo me largué de su lado.

—Sí, se apartó de ellos, pero se dejó caer por Tombstone. Y entonces midió su habilidad con el revólver a la de Clayton, *el Viejo*.

—Se equivocan todos los que creen que yo formé parte de la pandilla de Clayton, *el Viejo*. Sólo me acerqué a Tombstone para darle un recado de parte de un amigo suyo. Lo único que ocurrió fue que permanecí en aquella ciudad durante una temporada. Clayton y yo nos saludábamos, pero jamás hicimos ningún negocio juntos.

—Sin embargo, Wyatt Earp le echó el guante y lo envió a la cárcel.

—Wyatt Earp, se pasó de listo conmigo. Clayton, *el Viejo* y su banda asesinaron a un grupo de mexicanos que se dirigían a Tombstone, y Wyatt creyó que yo había tomado parte en aquella matanza. No se me pudieron probar hechos concretos, pero como no pude demostrar que yo me encontraba en aquel momento en un

pueblo a doce millas de Tombstone, el juez me condenó como cómplice a una pena de diez años de prisión. Así fue cómo quedé encerrado. Solicité la revisión y me fue concedida. A los tres años, fui puesto en libertad, porque el tribunal consideró que yo no tenía culpa de aquella matanza.

—Bill Mae hizo una pausa. —Ésa es mi historia, *sheriff*. Sólo he sido un ladrón y eso ocurrió cuando yo era muy joven. No trato de disculparme, pero ya me lo hicieron pagar bien. Aborrezco el delito tanto como usted y, ya lo ve, *sheriff*— Mae sonrió sarcástico, —ahora nadie me cree.

Se hizo un gran silencio entre los dos hombres y, finalmente, el *sheriff* dijo:

—Estoy hecho un verdadero lío, Bill Mae, se lo confieso. No sé quién de ustedes tiene razón. Cuando fui a su rancho, deseé que usted intentase escapar o atrapar un arma para volarle la cabeza allí mismo. Estaba seguro de que era culpable, pero ahora…, usted me ha sumido en un mar de dudas.

Bill Mae le dirigió una sonrisa.

—Gracias, *sheriff*. Sus palabras son las más benévolas que he oído respecto a mí en muchos años. Sé que no tengo derecho a que se tenga fe en mí, pero ya he conseguido algo si un representante de la ley duda de mi culpabilidad.

Jesse Lewt fue a decir algo, pero, en última instancia, hizo un saludo con la mano y se alejó de la puerta barrada.

Bill se sentó en el jergón, pero al cabo de unos minutos oyó nuevamente ruido de pasos. Esta vez su visitante era Waddell.

—¿Cómo está, Bill? —preguntó el juez desde la otra parte de la reja.

—No del todo mal.

—El *sheriff* me acaba de poner al corriente de todo lo que ocurre. Debo decirle que yo voy a ser quien le juzgue a usted, aun cuando en resumidas cuentas, será un jurado de doce hombres quien decida sobre su suerte.

—No trate de dorarme la píldora, juez. Yo sé que ese juicio no se celebrará nunca.

—¿Qué es lo que piensa, Bill?

—Tengo alguna experiencia con respecto al odio colectivo que puede sentir una ciudad por una determinada persona. Lester City

me aborrece, quiere acabar conmigo, y ellos no están dispuestos a correr ningún riesgo. Me ahorcarán sin esperar la decisión de un jurado.

—No sea tan pesimista.

—No es un sentimiento mío, juez. Se masca en el aire, en la atmósfera. Yo sé lo que está ocurriendo ahora en la ciudad. Los hombres de bien están reunidos, escuchándose unos a otros sus discursos acerca de la moralidad, del orden y de otras muchas cosas. Y cada vez que termina de hablar uno, es vitoreado y luego su lugar lo ocupa otro y vuelta a empezar. Y todos dicen lo mismo, que hay que acabar conmigo, con ese forajido que ha venido a conturbar sus vidas y es un peligro para sus mujeres y para sus hijos. Se están dando fuerzas unos a otros para que no se desanimen mientras el sol alumbra y luego, cuando llegue la oscuridad, entonces estarán decididos y vendrán por centenares para incendiar la cárcel si es preciso. Querrán su víctima a cualquier precio y no faltarán las cuerdas de cáñamo, los rifles y las antorchas.

Hubo una larga pausa, y, luego, el juez movió la cabeza de arriba abajo.

—No le puedo engañar a usted, Bill Mae. Todo cuanto dice es cierto. Justamente vengo ahora de una de esas reuniones. Quieren su cabeza. Solamente eso. Luke Jones era una persona muy querida en la comunidad y no están dispuestos a consentir que usted siga matando.

—Me conformaría si yo lo hubiese matado, juez, pero yo no disparé contra Luke Jones.

—Trataré de hacer justicia.

—Le resultará imposible.

—El *sheriff* se encuentra solo. Sus dos ayudantes han renunciado al cargo.

Bill Mae sonrió, sarcástico.

—No me pilla de nuevas. Es lo que lógicamente debía ocurrir.

—Yo estaré junto al *sheriff*, Bill.

—Se lo agradezco mucho, juez, pero no va a servir de nada que ustedes dos se jueguen la piel por mí. Les voy a hacer una recomendación. Entreguen las llaves y que hagan lo que quieran.

Hubo otro silencio y, luego, el juez, dijo:

—Lo siento, Bill. De veras que lo siento.

—Gracias, juez.

Waddell se alejó por el corredor.

A mediodía, el propio *sheriff* trajo a Bill la comida.

—¿Puedo hablar con usted con claridad, Jesse? —inquirió Bill.

—Inténtelo.

—¿Por qué no me da una oportunidad?

—Sé a qué se refiere y es mejor que lo olvide, Bill Mae. Usted quiere que le abra la puerta de la celda.

—Sí.

—No, Mae. No voy a hacer tal cosa.

—Lo suponía. Usted es un *sheriff* que cumple con su deber.

—Ya le dije antes que ahora no estoy seguro de que sea culpable, pero usted está detenido y debe continuar aquí hasta que se celebre el juicio. Defenderé su piel con todas mis fuerzas.

De pronto oyeron una voz procedente de la oficina.

—¿Está ahí, *sheriff*?

Bill reconoció la voz de Oscar Martyn.

—Aquí estoy, muchacho —contestó Jesse.

Oscar se acercó por el corredor y se detuvo junto al representante de la ley.

—¿Puedo hablar con el detenido, Jesse?

—Desde luego, puede hacerlo, pero ha de entregarme los revólveres.

Oscar sonrió, mientras se quitaba el cinturón, que alargó al *sheriff*.

—No se demore mucho, Martyn —le advirtió Jesse, y se encaminó hacia la oficina.

Oscar miró a su patrón, diciendo:

—He venido a hacerle una oferta. Quiero comprarle el rancho antes de que ocurra nada. Estoy dispuesto a abonarle un precio que ni usted mismo habrá soñado.

—Diez mil dólares contantes y sonantes —Martyn metió la mano en el bolsillo interior de su chaqueta, y sacó dos gruesos fajos de billetes.

—Guarda ese dinero, Martyn.

—Usted necesita plata ahora para pagar a su abogado y para comprar a los jurados que van a tener la vida de usted en sus manos. Estoy seguro de que con dinero, conseguirá lo que no ha

podido lograr con sus palabras.

—Me tomas por un ingenuo, Martyn. Sé que se disponen a lincharme y que, por lo tanto, no tendré necesidad de ningún maldito dólar para comprar a nadie.

—Déjeme terminar, Mae. Mis muchachos y yo echaremos una mano al *sheriff* para impedir su linchamiento, siempre que usted me venda el rancho.

Bill observó los ojos del capataz.

—No me fiaría de ti ni aunque prestases juramento, Oscar, y apuesto a que conozco cuál es tu plan.

—No sé a qué se refiere. ¿No ve que le he traído el dinero? No se trata de ninguna trampa.

—Sí, Martyn, me has traído el dinero, pero tú lo recuperarías muy pronto.

—No le comprendo.

—Resulta la mar de simple. Tú me compras el rancho y me das a cuenta los billetes que has traído; pero esta noche, cuando sobrevenga el linchamiento, tú y tus hombres no os pondréis del lado del *sheriff*, sino todo lo contrario. Seréis los primeros en ajustarme las cuentas y, naturalmente, sólo tendréis que entrar aquí para recuperar el dinero —Bill sonrió—. Confieso que es una jugada genial. De esa forma tendrías el Barra B sin desembolsar un centavo.

Los ojos de Martyn chispearon.

—Usted posee una gran imaginación, Mae.

—Estás descubierto, Martyn. No necesitas seguir representando tu comedia.

Oscar Martyn respiró agitadamente.

—¿Cree que va a impedir de algún modo que yo sea el dueño del Barra B? No sea estúpido, Mae, y comprenda cuál es su situación. Usted ha de correr todos los riesgos. Si miento, se demostrará esta noche, pero al menos tiene una probabilidad, la de que le esté diciendo la verdad.

—No, Martyn. No quiero tu ayuda, aun en el caso de que estuvieses dispuesto a prestármela.

—Lo creía a usted más listo, Mae.

—Adiós, Martyn.

El capataz apretó los dientes rabioso.

—Está bien, Bill Mae, es cierto. Se trataba de una trampa. Usted acertó el pleno. Le iba a pagar el dinero por el rancho para recobrarlo después; pero de todas formas yo voy a conseguir lo que me he propuesto. Usted morirá linchado y no tiene ningún heredero. El Estado será propietario del Barra B y lo sacará a subasta. Entonces yo me quedaré con él, haciendo un desembolso de cinco o seis mil dólares.

—Aunque así sea, te habrá costado algún dinero, Martyn, cosa que tú ahora querías evitar. Dime, Martyn, ya que estás confesando conmigo; ¿tú mataste a Luke Jones?

Martyn se quedó un rato mirando a la cara de Bill, y de pronto giró sobre sus talones y se alejó por el corredor.

Bill lo vio marchar con una amarga sonrisa. Miró la comida que contenía el jarro de hojalata, pero no se sentía con ningún apetito. Lió un cigarrillo y, tendiéndose en el jergón, se puso a fumar, pensativo.

El día transcurrió lento, pero finalmente, el sol se ocultó y la oscuridad se fue adueñando de la tierra.

Bill se dijo que aquella tranquilidad no duraría mucho. De un momento a otro el pueblo, exaltado, pretenderla hacer justicia a su manera.

Bill oyó unos pasos cansados y luego el *sheriff* apareció junto a la puerta. Jesse se mantuvo en una actitud embarazosa, pellizcándose la nariz y finalmente, dijo:

—He venido a pedirle algo, Bill Mae. No me guarde rencor.

—Ya sé, que es usted honrado, *sheriff*. Dudé en un principio, pero ahora estoy seguro.

De pronto, el silencio fue roto por una especie de rugido.

Bill Mae levantó la mirada hacia el ventanuco por el que se veían las estrellas y dijo:

—Ahí los tiene, *sheriff*.

Jesse Lewt sacudió la cabeza.

—El juez tratará de detenerlos en la puerta de la calle. Ya se encuentra en el porche. Yo estaré junto a una ventana con el rifle preparado.

—Es mejor que no haga uso de las armas, *sheriff*.

De pronto, una voz llegó desde el corredor:

—No toque los revólveres, *sheriff*. Estoy dispuesta a hacer fuego.

Jesse Lewt se quedó inmóvil, y Bill volvió la cabeza hacia el lado de donde había llegado la orden. Allá había una mujer, aun cuando no podía distinguir su cara porque la cubría con un rebozo blanco. Pero había identificado su voz. Era la señorita Mills.

CAPÍTULO VIII

El *sheriff* dobló la cabeza hacia la joven que lo amenazaba.

—¿Qué es lo que se propone, señorita Mills?

—Abra esa puerta.

—No sabe lo que dice.

Desde la calle llegaba el clamor del motín.

—Dese prisa, *sheriff* —dijo la señorita Mills.

—¡Por lo que más quiera, Wanda! —exclamó Jesse—. ¡Guarde de una vez ese revólver!

—Debo decirle algo, *sheriff*. Freeman le mintió. El único que dijo la verdad fue el señor Mae.

—¿Cómo no lo declaró así cuando fui a verla?

—Freeman se le adelantó para amenazarme. Me dijo que Bill Mae era un forajido y que yo no lograría nada contando lo que realmente había pasado en su tienda. Me aseguró que me echarían del pueblo. Yo pude decirle a usted la verdad, pero me imaginé que a pesar de todo, se celebraría un juicio. Sólo existe un medio para impedir que este hombre sea ahorcado injustamente y es que se le conceda la libertad. Vamos, *sheriff*. Abra. No hay tiempo que perder.

Jesse Lewt descolgó el llavero que tenía en su cinturón y abrió la puerta.

Bill salió de la celda, diciendo:

—Venga con nosotros, *sheriff*.

—No, yo me quedo.

—Ellos creerán que es usted quien me ha salvado.

—Diré la verdad y por ello la señorita Mills debe acompañarle.

—Ya he pensado en ello —repuso Wanda—. Tengo dos caballos en la parte trasera.

Vamos, señor Mae.

Bill se apropió de los revólveres del *sheriff* y los puso en su cinturón. Luego miró a la cara de Jesse.

—Le demostraré mi inocencia, *sheriff*.

—Eso espero, para bien suyo y mío.

La joven ya había abierto la puerta de atrás e hizo una señal a Bill.

Los dos jóvenes salieron fuera y, acercándose al árbol junto al que estaban los caballos, montaron en las sillas y emprendieron rápidamente la huida en dirección norte.

A sus espaldas quedaba el clamor del pueblo que quería hacer justicia por su propia mano.

Dejaron la llanura e se internaron por un terreno escabroso. A unas seis millas de Lester City, la joven, se detuvo, señalando una cabaña que se recortaba bajo el cielo estrellado.

—Ya hemos llegado, señor Mae.

Desmontaron y la propia joven abrió la puerta con una llave.

—¿De quién es la cabaña? —preguntó Bill.

—Pertenece a un amigo mío que tiene plena confianza en mí.

Pasaron dentro y la muchacha encendió un quinqué con un fósforo. Luego dijo:

—El dueño me ha dicho que hay provisiones para un par de semanas.

—No voy a estar tanto tiempo aquí —repuso Bill—. Mejor dicho, me marcharé enseguida.

—¿Quiere decir que va a continuar huyendo?

—No, señorita Mills. Voy a ajustar las cuentas al asesino de Luke Jones.

Ella enarcó las cejas, haciendo un gesto de perplejidad.

—¿Sabe quién es?

—Lo supongo, Wanda, pero no tengo ninguna prueba. Sólo puedo arreglarlo obligándole a que confiese.

—¿Cuál es su nombre?

—Al McLaren, el capataz de Fannie Woolf. Hasta es posible que ella esté complicada en el asunto.

—Me gustaría que todo se pudiese arreglar para usted.

Bill se acercó a la muchacha.

—¿Por qué ha hecho todo esto, Wanda?

—Ya lo oyó en la oficina del *sheriff*. No podía consentir que

matasen a un inocente.

—Pero ha corrido usted demasiado riesgo.

Se quedaron mirando a los ojos y de pronto, Bill la rodeó por la cintura y, atrayéndola junto a sí, la besó en la boca.

Se separaron sin decir una sola palabra.

—Lo siento, pero yo lo deseaba —dijo él.

—No ha debido hacerlo.

—Ya sé que está usted comprometida con Oscar Martyn, mi capataz.

—Sí.

—¿Lo quiere usted?

La joven no contestó nada, y él dijo:

—No hace falta que responda.

—¿Qué supone usted, Bill?

—Usted no está enamorada de Martyn.

—Me voy a casar con él.

—Pero no lo quiere.

—He terminado por pensar que eso ocurrirá algún día.

—Oh, no, usted no puede hacer eso. No puede unirse de por vida a un hombre con la esperanza de que algún día lo querrá.

—Por favor, Bill, no discutamos eso.

—Muy bien. Respetaré su deseo, pero volveremos a hablar de ello. Quiero que continúe aquí, Wanda. Yo vendré por usted cuando todo haya terminado.

—¿No cree que debo acompañarle?

—No, Wanda. Las cosas pueden complicarse y, por nada del mundo me arriesgaría a que usted resultase herida. Ahora sé que su vida es muy importante para mí.

La joven no pudo resistir la mirada que él le dirigía y bajó los ojos al suelo.

Bill caminó hacia la puerta, pero antes de abrir se volvió hacia la muchacha.

—La tendré presente en todo momento, Wanda.

Luego, sin esperar una respuesta de ella, salió, montó en la silla y se alejó de aquel lugar.

A medianoche llegaba a las inmediaciones del rancho ABC.

Dejó su caballo en una hondonada y prosiguió su camino a pie.

Puso mucho cuidado en no ser descubierto, pero estaba

acostumbrado a aquella clase de aventuras y pudo llegar a la casa sin ninguna novedad.

La noche era calurosa y observó una ventana que estaba abierta e iluminada.

Caminó hacia ella y se detuvo al pie de la misma. Del interior le llegó un diálogo.

—¿Cómo ha podido escaparse, Al? —preguntó Fannie Woolf.

McLaren tardó algún tiempo en contestar.

—Recibió ayuda de esa estúpida maestra de escuela, Wanda Mills.

—¿Por qué? ¿Acaso se ha enamorado de él?

—Eso no lo sé, pero de lo que sí estoy enterado es de que Freeman peleó con Mae y esa muchacha estuvo presente. La señorita Mills puede probar que Bill Mae disparó su revólver contra Freeman.

—¿Y qué tiene que ver todo eso con la muerte de Luke Jones?

—Es algo muy sencillo, señorita Woolf. Luke Jones recibió dos balas y el revólver de Bill fue disparado justamente dos veces. Si uno de sus proyectiles cruzó la mano de Freeman, quiere decirse que no pudo matar a Luke Jones.

—¿Qué se te ocurre, Al?

—Supongo que Bill Mae será lo suficientemente inteligente para largarse ahora de esta comarca. Tiene a todo el pueblo en contra y las cosas se le han puesto muy graves.

—¿Y si se quedase?

—Será peor para él. Se ha organizado una buena batida. Casi todos nuestros muchachos están colaborando con los de la ciudad. Terminarán por cazarle.

—¿Por qué no fuiste tú con ellos, Al?

—No quiero correr ninguna aventura. Bill Mae podría dar conmigo.

Bill empezó a levantarse junto a la ventana y de pronto saltó por ella. Cayó en el interior de la habitación y vio a McLaren, que estaba sacando el revólver, pero él, desde el suelo, le apuntó rápidamente.

—No hagas eso, Al.

McLaren contuvo su gesto y entonces Bill se ende rezó.

El rostro de la señorita Woolf se había tornado blanco.

Mae rompió la pausa.

—Bien, McLaren, volvemos a encontramos.

—¿Qué hace usted aquí, Bill? —repuso el capataz—. Debiera encontrarse camino de México.

—Preferí quedarme para desenmascarar al asesino de Luke Jones.

—¿Y lo ha logrado ya?

—Sí, en estos momentos lo tengo delante de mí.

McLaren sonrió.

—¿Me acusa a mí de haber dado muerte a Luke?

—Sí, McLaren.

—Es la mayor tontería que he oído en mi vida. ¿Por qué había de querer yo matar a un amigo como Luke?

—En primer lugar; para que el rancho ABC se ahorrase el pago de los dos mil seiscientos dólares que me debía y en segundo término, apuesto a que tú, McLaren, tenías proyectos acerca del rancho de Luke. Limita con el vuestro y estoy por pensar que antes de matar a Luke le obligaste a firmar algún documento, un supuesto préstamo o quizá una escritura de compraventa.

Hubo un silencio. McLaren hizo una mueca.

—Está fantaseando, Mae.

—Y tú también posees mucha rapidez para la inventiva. Lo pensaste todo mientras yo estaba aquí hablando con la señorita Woolf. Por eso te contentaste con pegarme una paliza. Me necesitabas vivo. Luego me llevaste cerca del rancho de Luke Jones.

Sabías que él tendría que pasar por allí y contaste con que me recogería y me llevaría a su casa. Luego, todo consistía en comprar a uno de los hombres de Luke Jones para que testimoniase que yo había disparado contra su patrón.

—¿Ha terminado ya? —preguntó McLaren.

—No, muchacho. Te falta saber lo más importante. Vas a venir conmigo.

—¿Adónde?

—A la ciudad.

—A mí no se me ha perdido nada allí.

—Tú y yo vamos a hacer una visita al *sheriff* Jesse Lewt.

McLaren sacudió la cabeza en sentido negativo.

—No, Mae, no voy a ir.

—Tengo un revólver en la mano, capataz.

—Usted no se atreverá a disparar a sangre fría contra mí.

Bill sonrió.

—Me haces un gran favor diciendo eso. Significa que tú mismo no crees que yo pudiese matar a Luke Jones.

Bill desvió los ojos hacia Fannie Woolf.

—¿Lo oyó usted, señorita Woolf?

—Sí, lo he oído, Absolutamente todo. Yo no comprendía la preocupación de McLaren por usted, pero ahora ya estoy enterada y creo que tiene razón, Mae McLaren le preparó una trampa. Le pregunté acerca de usted y me dijo que lo había dejado marchar tranquilamente.

El rostro de McLaren se puso lívido, y sus ojos chispearon, mientras observaba a la joven.

—¡Cierre el pico, señorita Woolf!

Ella lo miró desafiante.

—Será mejor que obedezcas a Bill Mae y vayas con él a la ciudad.

—Ya fié dicho mi última palabra. No voy.

Bill hizo girar el revólver en su dedo índice y lo enfundó, pero conservó la diestra sobre la culata. McLaren vio aquel gesto y frunció el ceño.

—¿Se va ya, Mae?

—Sólo existe una forma de que yo lo conduzca a Lester City, McLaren. Privado del conocimiento.

—Me gustaría saber cómo lo va a conseguir.

—Con mis puños.

McLaren soltó una carcajada.

—Quiere recibir otra paliza, ¿eh, Mae? Muy bien. Adelante.

—Apártese, señorita Woolf —dijo Bill.

CAPÍTULO IX

La joven se retiró hacia el fondo de la habitación. Bill estaba mirándola y de pronto, McLaren se lanzó sobre él, disparándole el puño a la cara.

Bill dobló la cabeza, esquivando el golpe y a renglón seguido disparó su zurda al hígado de su rival, el cual se dobló hacia un lado y en esa posición, la derecha de Mae percutió en su mandíbula.

El capataz se desplomó en el suelo, dando una vuelta de campana. Quedó aturdido, moviendo la cabeza de un lado a otro, pero finalmente, se puso en pie resoplando.

—Tuvo suerte, forajido, pero ahora van a cambiar las cosas.

Estaba rabioso y se lanzó otra vez sobre Mae, a quien logró cazar en el pómulo. El joven trastabilló retrocediendo, pero mientras lo hacía, hinchó los pulmones de aire y cuando McLaren echaba el brazo atrás para descargar un puñetazo con todas sus fuerzas, él le golpeó en la boca y luego en la sien.

McLaren dio una vuelta sobre sí mismo y se desplomó otra vez en el suelo, escupiendo maldiciones.

—Levántese, McLaren —dijo Bill, las piernas abiertas en compás.

El capataz se incorporó y vio a su lado una silla. La tomó por el respaldo y la arrojó contra Mae. Éste se agachó rápidamente, dejando pasar por encima de su cabeza el proyectil, y luego vio que McLaren se echaba sobre él en tromba, moviendo los brazos como aspas de molino.

McLaren logró alcanzarle dos veces y de su pecho escapó un rugido de triunfo, pero Bill sentó los pies en el suelo y detuvo a su rival castigándole el cuerpo.

McLaren, cansado, ya no movió sus puños tan aprisa como antes, mientras que Bill parecía conservar toda su potencia.

El capataz bajó la guardia unos instantes y Bill aprovechó bien su oportunidad para colocarle un terrible derechazo en el maxilar inferior.

Se produjo un fuerte sonido a cascajo y el capataz cayó al suelo por tercera vez, pero ahora ya no se levantó.

En la estancia se hizo un silencio.

Bill, sudoroso, con un hilillo de sangre resbalándole por la boca, miró a Fannie Woolf, la cual estaba muy pálida, junto a la pared.

—Me lo voy a llevar, señorita Woolf.

—Yo no sabía que él fuese un asesino.

—Al parecer, usted ignora muchas cosas, señorita Woolf, ¿o es que ha estado conforme con que él vendiese sus reses a cualquier precio?

—Realmente nunca me ha importado el rancho. Yo sabía que McLaren me estaba engañando, pero aparentaba desconocer sus manejos.

—Él pensaba casarse con usted.

—Jamás hubiese dado mi aceptación.

—Eso le hubiese acarreado muchas dificultades con McLaren. Él estaba decidido a convertirse en el dueño del rancho.

—McLaren lo hubiera logrado fácilmente sin casarse conmigo. Yo siempre he pensado que cuando las cosas empezasen a marchar mal, vendería mi hacienda y me iría de aquí.

Bill sacudió la cabeza y se acercó al capataz, a quien despojó de sus revólveres.

Luego se echó el cuerpo sobre su espalda y se acercó a la ventana, dejando a McLaren sobre el alféizar. Se volvió hacia la muchacha.

—Adiós, señorita Woolf.

—Deseo que se le arreglen las cosas.

Bill le dio las gracias, y a continuación, saltó por la ventana. Cargó otra vez con el capataz y caminó hacia la hondonada, donde había dejado su caballo.

Nadie le interrumpió el paso y eso era fácil, puesto que, como el propio McLaren había dicho, la mayor parte de los muchachos del equipo habían ido a la ciudad para formar parte de la batida.

Puso a McLaren en el caballo y lo aseguró bien con el lazo. Luego montó en la silla e inició el viaje al rancho de Luke Jones.

Llegado cerca de la casa comprobó que McLaren estaba volviendo en sí. Entonces sacó un pañuelo y lo amordazó.

Revólver en mano se encaminó hacia la casa de Luke Jones. Todo estaba a oscuras, pero de pronto observó una lucecilla en una de las naves destinadas a dormitorio de los *cowboys. Se* acercó cautelosamente a la ventana y observó que había un hombre despierto, leyendo un periódico a la luz de un quinqué. Un poco más allá, otros dos *cowboys* dormían.

Bill dio la vuelta otra vez a la nave y, llegado ante la puerta, llamó suavemente con los nudillos.

Oyó un ruido y poco después unos pasos. La puerta se abrió y Bill levantó el revólver, apuntando al hombre que estaba en el hueco, el cual estuvo a punto de dejar caer el quinqué que tenía en la mano.

—¡Sal fuera! —ordenó Bill.

El hombre obedeció, cerrando la puerta a sus espaldas. Tendría unos treinta años y era de estatura regular, de fuerte complexión, cabello rubio y ojos muy claros. La nuez le bailaba en la garganta.

—¿Cuál es tu nombre, muchacho? —preguntó Bill.

—Remy, Ernest Remy.

—¿Por qué no dormías, Remy?

—No tenía sueño.

—Quizá la conciencia no te dejaba dormir.

—¿Quién es usted?

—¿No lo sabes?

Remy se mojó los labios con la lengua.

—Bill Mae —balbució.

—Sí, Remy. Soy Bill Mae.

—¡No me mate, señor Mae…! ¡Por el amor de Dios! ¡No dispare contra mí!

—¿Por qué había de perdonarte la vida, Remy? Tú ya me has hecho bastante mal.

—Oiga, todo en este mundo se puede arreglar.

—¿Tú crees, Remy? Me están persiguiendo como a una fiera y me matarán en cuanto me vean.

—Lárguese y le prometo que esta noche misma iré a la ciudad a decir al *sheriff* la verdad.

—¿Cuál es la verdad, Remy?

El *cowboy* balbució unos instantes.

—McLaren fue quien asesinó a Luke Jones. Lo mató en el establo y él no se dio cuenta de que yo estaba allí; pero hice un ruido y me sorprendió. Creí que me iba a matar, pero entonces, McLaren dijo que me dejaría vivir si le echaba una mano. Yo tenía que decir que le había visto a usted cuando acababa de disparar contra nuestro patrón…

¿Qué podía hacer yo, señor Mae? Si me negaba a colaborar con él, me hubiese matado.

—Muy bien, Remy. Quedamos en que se lo vas a decir al *sheriff.*

—Desde luego, Mae. No pierda cuidado. Le juro que se lo diré.

—De acuerdo, muchacho. Vas a venir conmigo.

—¿Cómo?

—Lo que oyes. He cazado a McLaren y quiero que hagas tu confesión en su presencia.

Remy se quedó unos segundos inmóvil y entonces, Bill levantó unas pulgadas el «Colt».

—¿Vas a decidirlo de una vez, Remy? No tienes que tener miedo a McLaren. Nunca más volverá a amenazarte.

Remy miró a Mae e hizo un movimiento afirmativo con la cabeza.

Cuando llegaron al pueblo, vieron la calle Mayor, silenciosa, iluminada sólo a trechos por la luz que brotaba de los *saloons.*

Se detuvieron ante la oficina del *sheriff*, y Bill estaba desatando a McLaren, cuando la puerta se abrió y el *sheriff* Jesse Lewt apareció en el porche con un revólver en la mano.

—¿Qué pasa aquí? —preguntó.

Bill se enfrentó con él.

—Le traigo al asesino de Luke Jones.

—¿McLaren?

—Sí, *sheriff*. Y aquí está Remy para declarar la verdad.

El capataz trataba de decir algo, pero se lo impedía el pañuelo que lo amordazaba.

Todos pasaron a la oficina, y Bill dejó libre a McLaren, el cual apenas pudo hablar, gritó:

—¡No le preste oídos, *sheriff*! ¡Él es Bill Mae, un asesino! ¡El más sucio de todos los forajidos!

Jesse Lewt miró a los ojos de McLaren.

—Mi deber es aclarar las cosas.

—¿Su deber?… ¡Maldita sea, lo dejó escapar!

—Cállese, McLaren. Ya hablará cuando le toque el tumo. ¿Qué tienes que decirme, Remy?

Remy se aclaró la garganta y contó a Lewt lo que realmente había ocurrido en el establo de Jones.

McLaren dio un chillido.

—¡Maldito seas, Remy! ¡No puedes traicionarme!

Fue a abalanzarse sobre el *cowboy*, pero Bill tomó al capataz de un brazo y luego le golpeó en el mentón suavemente.

McLaren perdió el equilibrio y cayó sentado en una silla.

El *sheriff* miró a Remy.

—Bien, Ernest. ¿Estás dispuesto a firmar esa declaración?

—Ahora, sí. Tenía miedo a McLaren, pero si usted está dispuesto a encerrarlo, yo diré la verdad donde sea necesario.

McLaren quedó encerrado en una celda. No hacía más que lanzar chillidos al borde del histerismo. El *sheriff* regresó a su mesa y escribió una declaración, que luego Ernest Remy firmó. Finalmente, Bill Mae dijo:

—Bien, *sheriff*. No me necesita para nada.

—¿Adónde va, Bill?

—A buscar la chica que me ayudó.

—Celebro sinceramente que las cosas se le hayan arreglado. Por cierto que al juez Waddell estuvieron a punto de partirle la cabeza, pero por fortuna, sólo le hicieron una herida leve.

—Dígale que muy pronto le daré las gracias personalmente.

Bill estrechó la mano de Remy y, seguidamente, salió de la oficina.

Una hora más tarde descabalgaba a la puerta de la cabaña, en donde se encontraba Wanda Mills.

No la halló en el comedor. Al pronto sintió que su corazón le daba un vuelco. Corrió a una puerta que había al fondo y cuando la abrió observó a la joven tendida en la cama, durmiendo.

Wanda se despertó sobresaltada, y al verlo a él se puso en pie, porque estaba vestida.

—¿Cómo ha ido todo, Bill?

—Ya quedó arreglado. Pude demostrar que McLaren mató a Luke Jones.

Wanda se pasó una mano por la mejilla.

—Oh, no sabe cuánto me alegro.

Salieron fuera y él dijo:

—Voy a estar unos días ausente de la ciudad, Wanda.

—¿Adónde quiere ir?

—A Austin. Eso ayudará a que los ánimos se calmen un poco.

Se miraron muy fijamente y luego él dijo:

—No quisiera que se comprometiera demasiado con Oscar Martyn mientras yo realizo mi viaje.

—¿Por qué, Bill?

—Creo que la quiero a usted.

Ella se quedó inmóvil, mirándolo a la cara y él se le acercó y la besó ligeramente en la boca.

—Gracias por todo, Wanda.

Ella no dijo nada y Bill salió de la cabaña y montó en la silla.

Volvió la cabeza y entonces la vio junto a la puerta.

—Vuelva pronto, Bill.

Y ésas fueron las palabras que Bill necesitaba para sentirse otro hombre, justamente el hombre en que deseó convertirse a partir del día que decidió seguir la senda de la ley.

Fustigó a su cabalgadura y ésta emprendió un trote corto, encaminándose hacia el Este.

CAPÍTULO X

Eddie Rogers, secretario del presidente de la compañía del ferrocarril del este de Texas, observó al hombre que tenía ante su mesa.

—¿Conque es usted Bill Mae?

—Sí, señor Rogers. Y he venido a Austin con el objeto de hablar con el señor Fletcher.

—¿Qué clase de asunto le trae a nuestra ciudad, señor Mae?

Bill Mae titubeó unos instantes. Se había hecho el firme propósito de hablar solamente con Fletcher respecto a la prolongación del ferrocarril hasta Lester City.

—El señor Fletcher y yo somos viejos amigos y quería ver si me podía dar un empleo.

Ésa era la mejor respuesta porque un sexto sentido le advertía que no debía fiarse de nadie. Si no se había realizado el tramo de ferrocarril que los ganaderos de Lester City necesitaban para la exportación de sus reses, era debido a que los rancheros del Gila habían puesto en juego grandes intereses.

Eddie Rogers tendría unos treinta y cinco años y era carirredondo, de ojos saltones y frente muy despejada. Ahora sonrió, diciendo:

—Quiere trabajo, ¿eh, señor Mae? Lo siento, pero llega usted en muy mala época.

Todas las plazas están cubiertas.

—No soy una persona muy exigente, señor Rogers, y me conformaría con poca cosa.

Luego, todo dependería de mí para lograr un ascenso.

—Bueno, puedo hacer algo en su obsequio. Estudiaré el asunto y le contestaré dentro de unos días. Si usted me da su dirección, yo le

puedo enviar una carta con mi respuesta.

—No tengo inconveniente en darle mi dirección, señor Rogers, pero, francamente, desearía saludar al señor Fletcher.

—Cuánto lo siento… El señor Fletcher no se encuentra en la ciudad. Salió para Kansas City hace un par de días y no regresará hasta dentro de una semana.

—Muy bien, señor Rogers. Estaré alojado en el hotel Ganadero.

Mae se despidió del secretario.

Anduvo por la ciudad y, finalmente, después de comer, regresó al hotel porque había hecho el viaje de un tirón y se encontraba cansado.

Se disponía a desvestirse cuando de pronto se abrió la puerta de golpe y dos hombres entraron en la habitación con el revólver por delante.

Bill no había visto a aquellos tipos en toda su vida. Uno era alto, de sienes hundidas y pómulos salientes y el otro de estatura regular, barba crecida y muy chato. Fue éste quien cerró la puerta con el tacón de la bota.

—Creo que se han confundido de habitación —dijo Bill.

El más alto sonrió.

—Le apuesto a que no, Mae.

—Vaya, conoce mi nombre… ¿Y ustedes? ¿Quiénes son?

—Éste es Corny Sprall y yo Walling Anderson.

—Celebro conocerles.

Corny Sprall se echó a reír.

—¿Lo has oído, Wall? Dice que se alegra de conocernos.

—No dirá lo mismo dentro de un rato.

Bill frunció el ceño.

—Oigan, ¿qué mosca les ha picado? Ustedes y yo no tenemos ninguna relación.

—Yo soy un tipo la mar de curioso —repuso Corny Sprall—. ¿Sabe, Mae? Y ahora quiero saber por qué ha venido usted aquí y por qué se ha dejado caer por las oficinas de la compañía del ferrocarril del este de Texas.

—¿Son ustedes empleados de la compañía?

Corny Sprall sacudió la cabeza.

—Sí, Mae, somos inspectores, y nuestro deber es estar al corriente de todos los tipos que de un modo u otro tienen algo que

ver con la compañía.

—Comprendo —dijo Bill—. Sólo quería un empleo.

—No lo podemos creer.

—¿Por qué no?

—Sabemos que usted heredó un rancho en la comarca de Lester City. Y también sabemos que esa hacienda es importante. ¿Por qué demonios iba a abandonar aquello para emplearse en la compañía del ferrocarril?

—Soy un tipo muy aventurero. Delegué en mi capataz para que se ocupase del rancho y decidí venir a Austin porque pensé que aquí encontraría una vida más emocionante.

—Tonterías —repuso Corny Sprall.

—¿Qué se le ocurre a usted, Corny?

—Usted ha venido aquí con una intención, Mae. Y apuesto a que se la adivino.

—Inténtelo.

—Quiere que nuestra compañía prolongue el tramo hasta Lester City.

—Suponga que es así. ¿Qué mal hay en ello?

—Los hombres que dirigen la compañía no quieren invertir más dinero.

—Estupendo. Yo ignoraba ese aspecto de la cuestión. Ahora que lo conozco, les agradezco su interés por venir a ponerme al corriente. Perdonen que no les acompañe hasta el vestíbulo.

Sus dos visitantes no se dieron por aludidos y se quedaron quietos mirándolo a la cara.

—Se ha metido en un buen lío, Mae —dijo Corny Sprall.

—¿Por qué, amigos?

—Porque usted es de los que no dan su brazo a torcer. Estamos enterados de la amistad que le une con el presidente Fletcher.

—¿Sí?

—Usted salvó su vida y la de su hija hace un par de años. Usted ha pensado que hablando con Fletcher conseguiría que él aprobase el tendido del ferrocarril que le interesa.

—Ustedes lo saben todo, muchachos.

—Sí, y sabemos algo más, Mae —Corny dejó correr unos segundos—. Usted nunca verá a Fletcher.

—¿Por qué, Corny?

—Nos lo vamos a cargar y va a ser aquí.

—Van a armar demasiado ruido.

Sprall soltó una risita.

—Es un tipo la mar de gracioso, ¿eh, Anderson?

—Sí, es la mar de gracioso.

Bill hizo un gesto con la mano.

—¿Quieren esperar un momento, muchachos? Es posible que haya un arreglo.

—No, Mae —dijo Corny—. Nos dieron un encargo y lo vamos a ejecutar.

Bill saltó sobre la cama y los muelles elásticos lo escupieron hacia arriba, pero él se contorsionó tomando impulso hacia el otro lado del lecho. Mientras tanto, su mano no estaba ociosa, tiraba del revólver.

Los dos supuestos inspectores reaccionaron rápidamente, pero sólo uno de ellos tuvo oportunidad para apretar el gatillo, Walling Anderson, porque Corny Sprall se encontró demasiado pronto con una bala en la cabeza.

El proyectil de Walling se enterró en el colchón de la cama y luego Bill, cuando caía al suelo, hizo fuego otras dos veces. Los plomos se incrustaron en el estómago de Walling, el cual lanzó un gemido y se desplomó hacia adelante.

Bill Mae consideró que no podía quedarse allí. No tenía seguridad de que el *sheriff* local le creyese. Él seguía siendo Bill Mae, un forajido.

Apretó la culata del revólver y caminó rápidamente hacia la puerta, saliendo al corredor.

Una mujer abrió su apartamento, y al verlo con el «Colt» en la mano, lanzó un grito y se desmayó.

Bill descendió rápidamente por la escalera, enfundando el revólver.

El encargado del registro lo miró con los ojos muy abiertos y levantó los brazos.

Bill, sin detenerse, salió a la calle y se alejó de aquel lugar.

No había dejado su caballo en el hotel sino en un establo al final de la calle. Lo retiró de allí y se encaminó hacia la parte este de la ciudad donde pululaban los bares, *saloons* y garitos.

Se alojó en una posada, donde no le preguntaron su nombre.

Encerrado en su habitación, se puso a pasear fumando un cigarrillo. Estaba seguro de una cosa: Eddie Rogers, el secretario de la compañía del ferrocarril, había sido comprado por los ganaderos del Gila.

Así las cosas, Rogers evitaría por todos los medios que él pudiese hablar con su amigo Fletcher cuando éste llegase de Kansas City. De pronto, se detuvo preguntándose si realmente Fletcher habría ido a Kansas City. Valía la pena de que intentase informarse a ese respecto. No sabía dónde vivía el presidente, pero lo podría preguntar.

Un poco más animado, abandonó la posada. Tuvo que interrogar a media docena de personas, propietarios de locales de negocio, antes de conseguir su informe. Joseph Fletcher vivía en una casa de la calle de los Álamos, al sur de la ciudad.

Se encaminó hacia aquel lugar, llegando allí cuando el sol se ponía. La casa en cuestión estaba defendida por un muro de piedra de gran altura que era imposible salvar.

Llegó ante una puerta de hierro, y a través de los barrotes pudo ver al fondo la casa, construida al estilo sureño. Vio una campana con su correspondiente badajo y lo golpeó.

Al cabo de un rato apareció al fondo un criado que caminó hacia la puerta.

—¿Qué desea? —preguntó.

—Quiero ver a tu patrón.

—No se encuentra en casa. Salió para Kansas City hace unos días y tardará en regresar aún una semana.

Bill miró a los ojos del criado. Finalmente, le dio las gracias y echó a andar por la acera.

Cabía la posibilidad de que el criado estuviese de acuerdo con Eddie Rogers, pero ¿por qué no había de creer al menos a una persona?

De pronto, vio aparecer por la esquina más cercana a un hombre, el cual se detuvo observándole. Luego el fulano levantó un brazo como si hiciese una señal a alguna persona que se encontrase en la parte de donde había llegado.

Un carruaje pasaba por la calle, y en el pescante iba una mujer vestida de blanco.

Bill no lo dudó dos veces. Corrió hacia el carruaje y saltó arriba.

La mujer lanzó un grito y él le quitó las bridas de la mano espoleando al alazán, el cual inició una alocada carrera.

De pronto, sonó un estampido y la bala silbó en el aire.

—¡Alto ahí! —gritó alguien—. ¡Deténgase! ¡Se lo ordena la ley, Bill Mae!

Pero Bill no se detuvo.

La mujer que estaba al lado botaba una y otra vez, lanzando gritos de espanto.

El joven internó el carruaje por una serie de callejuelas doblando a un lado y a otro.

Finalmente, vio un patio abierto y se coló por él, deteniendo el carruaje junto a un abrevadero.

Entonces volvió la cabeza hacia la mujer y se dio cuenta de que era una mujer de unos veintitrés años, de rostro muy bonito y ojos que se agradaban temerosos.

—Perdón, señorita, pero no tuve más remedio que hacerlo.

—¿Es cierto que usted es… Bill Mae?

—Sí, soy yo, pero no tema, no le voy a hacer ningún daño.

Un mexicano de grueso bigote apareció por una puerta y se acercó a ellos haciendo una reverencia.

—Bien venidos a la casa de Manuel Villegas, señores.

Tengo habitaciones estupendas y la mejor comida de Austin.

Bill vio que la joven se mordía el labio inferior porque las palabras del mexicano la habían conturbado.

—Muy bien, Villegas —dijo Bill—. Estaremos un rato aquí y luego va pagaremos dentro.

—A su disposición señores.

Villegas dio media vuelta y se metió otra vez en la casa.

Bill carraspeó.

—Lo siento, señorita, pero Villegas nos tomó por esposos, o al menos por prometidos.

—¿De qué huía, señor Mae?

—Ya lo ha visto usted, de la ley.

—¿Es que ha robado?

—No, matado.

—¡Oh!

—Lo hice para evitar que me matasen a mí. Supongo que no me va a creer, pero, en fin no tengo tiempo para darle detalles. Sólo le

puedo jurar que soy inocente.

Bill saltó a tierra.

—Le quedo muy agradecido, señorita. Si usted no hubiese pasado tan oportunamente por aquella calle, me habrían detenido.

—¿Adónde va a ir, señor Mae?

—Supongo que no debo quedarme en esta casa.

—¿Por qué?

—Usted lo comunicaría inmediatamente a las autoridades.

—¿Cree que voy a hacer tal cosa y me deja viva?

—Digamos que estoy acostumbrado a huir. Me he pasado más de la mitad de mi vida corriendo delante de los representantes de la ley.

—¿Por qué no se queda aquí? Yo también me quedaría un rato.

Bill sopesó la posibilidad y, finalmente, accedió meneando la cabeza en sentido afirmativo.

—Está bien, pero hemos de guardar el carruaje.

Ayudó a la joven a descender del pescante.

Los establos estaban al fondo y Bill condujo allí el carruaje y regresó junto a la muchacha. Ésta se presentó.

—Mi nombre es Ellen Cabot.

—Encantado de conocerla, señorita Cabot.

Pasaron al interior del local. En una mesa había tres mexicanos que jugaban a las cartas.

Ellos se sentaron en un rincón y Villegas acudió solícito.

Bill pidió un *whisky* y Ellen Cabot un refresco de zarzaparrilla.

Cuando Villegas se hubo retirado, ella dijo:

—Supongo que ahora tendrá que marcharse de Austin, señor Mae.

—No puedo marcharme… Vine aquí a realizar un negocio y no me iré hasta que lo remate. Lo malo es que tendré que esperar unos cuantos días porque el hombre con quien tengo que hablar se encuentra de viaje. Es el señor Fletcher, el presidente de la compañía del ferrocarril del este de Texas.

—Caramba, yo lo conozco. Soy muy amiga de su hija, pero ignoraba que él estuviese de viaje.

Bill frunció el ceño.

—¿No lo sabía?

—Justamente ayer estuve hablando con Myriam Fletcher, la hija

del hombre con quien quiere usted hablar. Ella me dijo que mañana por la noche iban a celebrar una fiesta en su casa. No se refirió para nada a que su padre estuviese fuera de la ciudad.

—Es posible que me hayan engañado, Ellen. Alguien está muy interesado en que yo no vea a Fletcher. Intentaron matarme, pero les falló el primer golpe y ahora se han puesto a vigilar la casa de Fletcher para impedirme el acceso.

Villegas llegó a la mesa con el *whisky* y el refresco. Cuando se hubo alejado otra vez, Ellen inquirió:

—¿Quiere que le ayude, Mae?

—No tengo ningún derecho a pedírselo… Acabamos de conocemos.

—Le diré un secreto —sonrió la joven—. A mí también me gustan las aventuras.

—En ese caso, cuente con mi aprobación.

—Pero ha de prometerme una cosa. Me voy a casar el mes próximo, y aunque a mí no me importa que mi nombre aparezca junto al de usted, estoy segura de que a Richard le sentaría muy mal.

—No se preocupe. Usted quedará al margen, pase lo que pase.

—Estamos de acuerdo —dijo la muchacha—. ¿Qué quiere que haga?

—Ya sabe que lo más importante para mí es hablar con Fletcher y, por lo tanto, necesito saber si está aquí y en qué condiciones podría llegar hasta él.

Ella le sonrió y se puso en pie.

—Regresaré en cuanto pueda.

—La acompañaré al patio para sacarle el carruaje.

Villegas vino corriendo a saltos porque creyó que se marchaban, pero Bill dijo que se quedaba allí.

Salieron al patio y Bill trajo la berlina de la cuadra. Luego ayudó a la joven a subir, para lo cual tuvo que izarla tomándola por la cintura.

—Es usted muy fuerte, Bill —dijo cuando se encontró en lo alto.

Se despidieron y Mae esperó en el patio a que el carruaje hubiese desaparecido por la puerta del fondo para regresar a la mesa.

Pidió a Villegas que le friese un par de huevos con tocino, y

cuando los hubo comido, despachó dos tazas de café.

Ya había transcurrido una hora desde que se marchó Ellen cuando oyó el ruido de un carruaje procedente del patio, y a poco apareció la joven.

Bill se levantó, yendo a su encuentro.

—¿Cómo le ha ido, Ellen?

—Su hombre se encuentra en Austin.

—Lo suponía. ¿Cómo lo ha sabido?

—Fui a su casa.

—¿No estaba vigilada?

—Desde luego. Vi a tres hombres por los alrededores.

—¿Y no la detuvieron?

—No. Seguramente ninguno de ellos me identificó. Usted se dio mucha prisa cuando saltó al coche y escapamos de aquel lugar.

Bill se rascó junto a una oreja.

—¿Cómo me las voy a arreglar para ver a Fletcher? —De pronto, Bill hizo chasquear los dedos—. ¡La fiesta de mañana por la noche!

—¡Es cierto! Usted puede venir conmigo en sustitución de Richard, mi prometido.

—¿No está aquí él?

—No, tuvo que ir a San Luis… ¿Se da cuenta? Usted puede acompañarme, pero naturalmente tendrá que vestirse de otra forma.

De pronto, Bill oyó ruido de caballos que llegaban al patio. Rápidamente tomó por la muñeca a la joven.

—¡Vamos, sígame deprisa!

Casi arrancó del suelo a la joven, la cual empezó a correr con él.

Vio una puerta al fondo y la abrió de un tirón justamente cuando oía una voz a sus espaldas.

—¡Allí está, muchachos!

Bill cerró la puerta tras él y pasó el cerrojo.

Ascendieron por los peldaños de madera y, de pronto, sonaron dos estampidos y la puerta crujió al impacto de los proyectiles.

Bill se detuvo arriba, y tirando de Ellen para ponerla a sus espaldas, disparó sobre la puerta que estaba abajo.

Se oyó un aullido de muerte y luego un cuerpo se desplomó pesadamente en tierra.

Bill tomó nuevamente a la muchacha de la mano y se la llevó por un corredor.

Traspusieron otra puerta y se encontraron ante una nueva escalera que salía a una callejuela.

Descendieron por ella y echaron a correr. Al cabo de unos diez minutos, la joven se apoyó jadeante en una pared.

—Lo siento, Bill, pero márchese si quiere seguir huyendo. Yo no puedo dar un paso.

Bill sonrió.

—Creo que ya nos hemos alejado bastante y no se atreverán a correr ningún riesgo.

Saben que Bill Mae es un hombre de puntería. Al menos, mi fama me sirve de algo.

—¡Santo cielo! —exclamó la joven, poniendo las manos en las mejillas—. Yo quería correr una aventura, pero no que me enviasen al cementerio.

—Comprendo que esto es demasiado para usted, Ellen. Le doy las gracias por el interés que ha demostrado por solucionarme el asunto, pero será mejor que nos despidamos y que vuelva a su casa cuanto antes.

—¿Y usted, Bill?

—Me las compondré como pueda para llegar a la fiesta. Ya se me ocurrirá alguna idea.

La joven meneó la cabeza sonriendo.

—No lo voy a dejar solo. Mi oferta sigue en pie.

—Es usted una muchacha muy animosa, pero se olvida de que ellos tiran con balas.

—Hace apenas dos horas que lo conozco y ya ha salido con ventaja de dos apuros.

Estoy segura de que mañana también les dará una lección de cómo se puede comportar un hombre.

—Oiga, nunca se puede estar seguro de lo que va a ocurrir. Soy de carne y hueso, y pienso que algún día acabará conmigo la bala que me ha sido destinada.

—Eso tardará en ocurrir.

—No, es posible que ya haya sido fundida y que se encuentre incluso en el cilindro de alguno de nuestros perseguidores.

—Pero usted está solo, Bill, y cada vez estoy más convencida de que lo que persigue es algo justo.

—Sí, creo que lo es.

—Entonces, ya puede seguir contando con su aliada —dijo la joven, y le tendió la mano.

Bill titubeó unos instantes, pero finalmente se la tomó, apretándola con suavidad.

—Muy bien, Ellen, pero debo decirle algo importante. Ahora ellos se dedicarán también a usted.

—A mí no me pueden molestar. No se atreverán —dijo—. Me olvidé de decirle que soy la hija de Lex Cabot, el principal importador de trigo de la ciudad. Hasta hace un año fue alcalde y preside media docena de sociedades. Voy a hacer algo más por usted. Vendrá a mi casa y estará escondido allí hasta que llegue la hora de asistir a la fiesta.

—No quiero que corra más riesgos.

—Mi casa es muy grande y cuenta con un estupendo sótano. Usted entrará por la puerta de atrás que un criado de confianza le abrirá y permanecerá escondido hasta que mañana yo vaya a buscarlo. Además —la joven lo miró de pies a cabeza—, tiene usted la misma talla de mi padre. Estoy segura de que sus trajes le vendrán bien.

Bill dio la conformidad.

Siguieron andando por las callejuelas en dirección al oeste de la ciudad.

Finalmente la joven se detuvo y Bill lo hizo a su lado. Estaban junto a un alto muro como el que rodeaba la casa de Fletcher.

—Ya hemos llegado —dijo ella—. Espere aquí. Yo entraré por la puerta principal.

Transcurrieron diez minutos antes de que abriese la puerta un criado de facciones simpáticas, el cual después de decir su nombre, Slim, condujo a Bill al sótano de la casa.

Mae quedó allí instalado. No podía quejarse porque contaba con un camastro. Slim le preguntó si había comido, a lo cual Bill respondió afirmativamente.

Cuando al fin se encontró solo, Mae se tendió en el lecho y se dijo filosóficamente que, después de todo, era un hombre de suerte.

CAPÍTULO XI

Se encontraban en el sótano.

Ellen, cubriéndose con un hermoso vestido blanco que dejaba sus hombros al descubierto, contempló la figura de Bill Mae embutido en un frac.

—No está mal.

—¿Usted cree? —rezongó Mae—. Es la primera vez en mi vida que me pongo uno de estos trapos.

El joven estaba intentando meter en algún sitio sus revólveres, pero ella hizo un movimiento negativo con la cabeza.

—¡Infiernos! —exclamó Bill—. ¿Dónde quiere que los esconda?

La muchacha se pellizcó la barbilla pensativa mientras Bill esperaba con los dos «Colt» en la mano.

—Sólo existe una solución.

—¿Cuál?

—Mi polisón.

—Oh, no; en tal caso, usted no podría apartarse de mí. ¿Y de qué forma los iba a sacar?

—Lo cierto es que no puede llevarlos porque cualquier persona lo verá a usted y pensará que va a cometer un asalto. Se trata de una fiesta a la que va a concurrir la mejor sociedad de Austin. Esto no es Silver City ni Tombstone, señor Mae.

—Lo supongo —dijo él, moviendo la cabeza—. ¿Y cómo va a sujetar los revólveres?

—No se preocupe. Bastará con un simple lazo.

—No me gusta, pero si usted dice que no hay más remedio, allá van.

Bill le alargó los revólveres a la joven y ésta los tomó, dirigiéndose a la puerta.

—Vamos, venga conmigo. Me esperará en la cocina mientras yo escondo las armas.

—¿Y su padre? ¿No va a venir con nosotros?

—No, él se ha ido delante. Me las arreglé para ponerlo nervioso. Bastó con decirle que no tenía ningún traje y, naturalmente, él se puso a vociferar porque tengo el guardarropa lleno.

—Nunca he conocido a una chica más lista que usted.

—Apuesto a que sí. —Ellen le dirigió una sonrisa mientras subía la escalera—. La mujer de la que está enamorado.

—Bueno, ella también lo es —convino él, sonriendo igualmente.

En la cocina no había nadie y Bill sólo tuvo que esperar unos cinco minutos.

Finalmente, ella regresó golpeando el polisón con la mano.

—Aquí tiene su arsenal.

Salieron por la puerta trasera, donde esperaba ya un carruaje con Slim en el pescante.

Hicieron el viaje en silencio y Bill no hacía más que mover la cabeza, mirando a un lado y a otro de las calles por las que cruzaban.

—¿Sabe una cosa, Bill? —murmuró Ellen—. Estoy asustada.

—Todavía está a tiempo de hacer marcha atrás.

—Oh, no lo decía por eso. Resulta confortador encontrarse a su lado.

Llegaron a la casa de los Fletcher y cruzaron el portón. Al pie de la escalinata había muchos carruajes.

Bill vio algunos hombres por las inmediaciones que parecían estar en actitud de vigilancia. Se echó sobre la cara el sombrero que pertenecía al padre de Ellen.

—Acuérdese de que soy su prometido.

Bajaron del coche y ella se le colgó del brazo.

Subieron por la escalinata y la joven abrió un bolso, del cual extrajo dos invitaciones, que alargó al criado que había en la puerta.

Entraron en la casa, y después que Bill dejó depositado su sombrero, penetraron donde se estaba celebrando la fiesta. Una orquesta integrada por cinco músicos interpretaba un vals. La gente joven bailaba.

—Oh, Ellen, estás maravillosa —dijo, de pronto, una voz.

Era una señora de unos cincuenta años que, provista de unos impertinentes, observaba a los dos jóvenes.

—¿Cómo está, señora Jackson? —preguntó Ellen, sonriendo protocolariamente.

—Muy bien, querida. —La señora Jackson desvió la mirada hacia Bill—. ¿Es tu prometido, Ellen?

—Sí, señora Jackson. Le presento a Richard Colé.

La señora Jackson tendió la mano a Bill.

—Oh, muchacho, qué cara de buena persona tiene usted… Apuesto a que es serio y formal, no como estos jóvenes de ahora, tan alocados, tan insensatos…

—Encantado, señora Jackson —dijo Mae, haciendo una reverencia.

Luego, la señora Jackson miró el vestido de la joven y, de pronto, frunció el ceño.

—Oh, querida, ¿no llevas un poco alto el polisón?

Ellen empezó a enrojecer y Bill dijo rápidamente:

—Es la última moda en San Luis.

La señora Jackson se quedó mirando alternativamente el vestido de Ellen y a la cara de Bill.

—Oh, Ellen, tienes que venir mañana a mi casa para ayudarme a reformar mi polisón.

—Cuente con mi visita, señora Jackson —dijo la joven, intentando sonreír.

La señora Jackson dio un abanicazo en la mano de Bill, diciendo:

—Qué gran muchacho parece usted… Me gusta…, sí, señor, me gusta.

Se alejó de los jóvenes, y entonces Ellen lanzó un suspiro de alivio.

—¿Cómo ha podido notar lo del polisón? Esa mujer se fija en todo. Yo la llamo doña Reniegos.

—Tranquilícese, todo está en orden; pero no veo por aquí al señor Fletcher.

—Aquí viene su hija.

Bill reconoció a Myriam aun cuando habían pasado dos años desde que la conoció.

Entonces ella era una niña y ahora se había convertido en una

mujer de diecinueve años. Las dos jóvenes se besaron cambiando un saludo, y luego Myriam se quedó mirando fijamente a Bill.

—¿Me recuerdas, Myriam? —dijo él—. Soy Bill Mae.

—¡Bill Mae! —repitió la joven, perpleja—. ¡Santo cielo, cómo ha cambiado! ¿Es que encontró petróleo, señor Mae?

—No, Myriam —sonrió Bill—. Esto que tengo puesto es un disfraz. Vine a la ciudad para hablar con tu padre. Pero eso me está pareciendo lo más difícil del mundo.

—Papá bajará enseguida. Lo dejé en su habitación hace un momento buscando un pasador para el cuello.

—En ese caso, será mejor que yo vaya a su encuentro. ¿Cuál es su habitación?

—Suba por la escalera, tercera puerta a la derecha del corredor.

Bill hizo un gesto afirmativo con la cabeza y separóse de las dos jóvenes, encaminándose hacia la escalera. De pronto, se detuvo en el tercer peldaño recordando que no llevaba ninguna pistola encima. Estuvo tentado de volverse para pedirla a Ellen, pero al ver que todo a lo largo de la escalera no había nadie, decidió proseguir su camino.

Llegado arriba, echó a andar por el corredor. De pronto, la segunda puerta se abrió y por el hueco apareció Eddie Rogers con una pistola en la mano. Detrás de él había dos hombres, uno de los cuales también estaba armado.

Bill soltó una imprecación para sus adentros. Rogers sonrió.

—Confieso que es usted un enemigo difícil, señor Mae.

—Ya hablaremos en otra ocasión, Rogers. Ahora tengo prisa —repuso Bill, y siguió andando.

Rogers dijo a sus espaldas:

—Dé un paso más y es hombre muerto.

Bill se detuvo, dando media vuelta.

—¿Qué le pasa, Rogers? Sólo quiero hablar con su jefe acerca de algo que interesa mucho a la compañía del ferrocarril.

—Yo soy el secretario del señor Fletcher y al mismo tiempo de la compañía. Tengo atribuciones para escuchar todas las sugerencias… Pase, señor Mae, estoy dispuesto a tratar con usted.

—Sigo pensando que es el señor Fletcher quien me debe oír.

Rogers levantó el arma.

—El señor Fletcher nunca podrá prestar atención a un cadáver.

—¿Cómo justificaría mi muerte, Rogers?

—Usted es Bill Mae y ha entrado en la casa sin ser invitado. Por añadidura, viste un traje que no es el suyo. ¿No le parece que quedaría suficientemente justificada su desaparición del mundo de los vivos?

—Usted gana, Rogers.

Bill entró en la habitación.

—¿Qué pretende hacer, Rogers? —preguntó.

—Dentro de un rato, cuando la fiesta se encuentre en su apogeo, mis hombres lo sacarán de la casa.

—¿Y dónde quiere que me lleven?

—Lo dejarán en los límites de la ciudad para que usted pueda regresar a su rancho.

—No le creo. Usted les ha dado orden de que me maten.

—¿Y por qué había yo de hacer una cosa así?

—Usted está vendido a una organización de ganaderos que realizan una competencia desleal a los que crían sus reses en la comarca de Lester City.

—Es usted muy duro, Mae. Lo único que yo hago es realizar un negocio. La vida es así, debemos procurar velar por nuestros intereses y es lo que yo hago. ¿Qué culpa tengo yo de que usted haya heredado un rancho en Lester City?

—Déjeme que hable con Fletcher. Al fin y al cabo, él puede decidir que el tendido hasta Lester City será un gran negocio para la compañía.

—Sí, Mae, da la casualidad de que la construcción de ese tren constituiría un gran asunto para la compañía del ferrocarril.

—Entonces, ¿cómo ha conseguido usted que no se lleve a cabo?

—Es la mar de sencillo, Mae. He falseado los presupuestos, aumentando los gastos y calculando muy por lo bajo los ingresos. Naturalmente, también he pagado a los informadores para que proporcionen datos que no reflejen la verdad. —Rogers sonrió, mostrando una dentadura blanca, bien alineada—. Soy un hombre listo, ¿verdad, Mae?

—Es usted un puerco.

Instantáneamente uno de los pistoleros que acompañaba a Rogers lanzó el puño contra la cara de Bill para castigar su insolencia; pero el joven estaba prevenido, y, tomando a su agresor

por la muñeca, le volteó en el aire.

El tipo lanzó un grito y se desplomó en el suelo.

Bill se volvió hacia Rogers con ánimo de abalanzarse sobre él, pero entonces el secretario de Fletcher le hundió el cañón del revólver en el vientre.

—Quieto, Mae. No se ponga nervioso.

Bill apretó los labios con rabia.

—Si lo agarro por mi cuenta, le juro que se lo haré pagar, Rogers.

—No dudo que lo haría —sonrió otra vez el secretario—. Pero usted no me tomará por su cuenta. Soy yo quien lo tengo en mis manos, y el que acabará con su historia, Mae.

El tipo que había caído en el suelo se levantó.

—¡Déjemelo, jefe! ¡Lo voy a hacer pedazos!

—Aquí no, Budd —opuso Rogers—. Ya tendrás tiempo de divertirte con él cuando salgas de la casa.

El llamado Budd se limpió los pantalones mientras hacía un movimiento afirmativo con la cabeza.

—Está bien, señor Rogers, pero ese tipo va a desear no haber nacido.

—Saca la pistola y será mejor que ninguno de los dos os descuidéis. ¿Enterado, Mark?

El tipo que no había hablado hasta entonces asintió y Budd exhibió un «Colt» 45.

Entonces, Rogers guardó su «Derringer» y se dispuso a salir de la estancia.

—Adiós, señor Mae. Le deseo un corto viaje al infierno.

Sonrió mientras desaparecía por el hueco de la puerta.

Bill observó a los dos tipos que le amenazaban con sus armas.

—¿Cuánto ganáis con él? —preguntó.

—No es cuenta tuya —respondió Mark.

—Si yo estuviese en vuestro lugar me largaría. Ese Rogers está complicado en un sucio asunto. En cualquier momento se va a descubrir y entonces os lo harán pagar a vosotros.

—Tonterías —dijo Budd—. El señor Rogers sabe lo que se hace, y no puede permitir que se le acabe el negocio. Es la suerte de Mark y la mía, la de habernos unido a un tipo que tiene la cabeza sobre los hombros.

Bill comprendió que nada adelantaría por aquel camino. Sólo se libraría de sus verdugos utilizando la fuerza y la astucia.

—Está bien —dijo—. Esto no tiene arreglo… ¿Puedo sentarme?

Mark señaló una silla.

—Hazlo ahí, pero estate quietecito. Si te mueves nos podemos poner nerviosos, y apuesto a que manchas la alfombra con tus sesos.

Bill ocupó la silla.

Budd se puso detrás de él y Mark quedó junto a la puerta. Durante un rato nadie dijo nada. Finalmente, Budd rompió a hablar.

—¿Por qué no nos vamos ya, Mark?

—Todavía no. Los invitados estarán todavía fríos. Esperaremos un rato.

Transcurrieron otros quince minutos. Del piso de abajo de la casa llegaba un gran alboroto, mezcla de voces y de risas.

—Está bien —dijo Mark—. Ha llegado la hora. Levántate, Mae.

Bill obedeció, y luego Mark dijo:

—Irás entre Budd y yo. Si haces cualquier gesto o intentas escapar, te la ganas.

—De acuerdo, chicos —dijo Bill.

Salieron de la habitación, encaminándose hacia el comienzo de la escalera.

Mark y Budd guardaron las armas en los bolsillos.

Comenzaron a descender la escalera. Bill ya había trazado su plan. No podía salir de la casa a ningún precio y estaba dispuesto a jugarse la piel para cumplir la misión que le había llevado a Austin.

De pronto, adelantó la pierna trabando las de Budd, el cual se vino abajo, soltando un grito.

Luego, Bill se revolvió como una centella y atrapó la mano armada de Mark. Éste disparó y la bala hizo un agujero en su bolsillo, enterrándose en uno de los peldaños de la escalera.

Las mujeres empezaron a dar gritos en el salón.

Bill sacó la mano de Mark del bolsillo y se la retorció con todas sus fuerzas. El guardaespaldas lanzó un aullido de dolor y se desplomó de rodillas, dejando caer el arma en la alfombra.

Mientras tanto, Budd rodaba por las escaleras abajo.

Bill se agachó rápidamente y tomó el arma.

Cuando Budd se detuvo apuntó hacia arriba, pero Mae disparó primero y el forajido recibió el proyectil en el centro del pecho,

emitiendo un sordo gemido.

Abajo, la gente corría de un lado a otro llena de pánico.

De pronto, Bill vio aparecer abajo la figura gigantesca de Joseph Fletcher, el cual se quedó asombrado mirándole.

—¡Bill Mae!

—Buenas noches, señor Fletcher.

—Usted me explicará qué significa esto. Es lo más absurdo que me ha ocurrido en mi vida. ¡Usted disparando en mi propia casa y ha matado a un hombre!

En aquel momento, Rogers apareció por un lado de la escalera. Tenía la mano en el bolsillo y parecía estar dispuesto a sacar una pistola.

—No haga eso, Rogers —le dijo Bill—. Le juro que antes de que pueda exhibir su arma tendré tiempo para meterle un par de balas en su inteligente cabeza.

Rogers se tomó pálido. Los ojos de Fletcher centellearon furiosos.

—¡Pensé que estaba de parte de la ley, Mae!

—Y lo estoy, señor Fletcher. Lo único que pasa es que usted tenía a su lado a un lobo disfrazado con piel de cordero.

—¿De qué me habla, Mae?

—Rogers le ha estado engañando a usted y a la compañía del ferrocarril.

Rogers se echó a reír.

—Este hombre está loco, señor Fletcher.

En aquel instante se dejó oír la voz de una mujer.

—Yo estoy aquí para demostrar que Bill Mae no está loco.

Bill vio acercarse a Ellen.

—¿Tú, muchacha? —exclamó sorprendido el financiero.

—El señor Mae está intentando verlo a usted desde ayer, pero Rogers se lo ha impedido.

Fletcher frunció el entrecejo.

—¿Por qué Rogers no iba a querer que Bill me viese?

—Yo se lo diré, señor Fletcher —contestó el propio Bill.

Y a continuación contó a su amigo todo lo que sabía acerca del tendido del ferrocarril que debía alargarse hasta Lester City, y de qué forma Rogers había impedido su construcción hasta entonces.

Cuando el joven hubo terminado, en el salón se hizo un silencio,

que fue interrumpido por la voz histérica de Rogers.

—¡No le crea, señor Fletcher! ¡Bill Mae es un pistolero! ¡Un asesino! ¡Un ladrón!

Fletcher miró con ojos brillantes a su secretario.

—En tu honor voy a hacer algo, Rogers.

Rogers empezó a sonreír.

—Gracias, señor Fletcher. Sabía que usted me creería.

—No me has dejado terminar, Rogers. Yo mismo haré una investigación acerca de ese tendido y entonces sabré quién de los dos tiene razón.

Rogers borró la sonrisa de los labios, y, de pronto, tiró de la mano que ocultaba en el bolsillo.

Bill Mae vio brillar el arma que esgrimía el secretario.

—¡Deje esa pistola, Rogers!

Pero Rogers se dispuso a apretar el gatillo y Bill Mae se vio obligado a disparar.

La bala atravesó el brazo de Rogers, el cual lanzó un aullido de dolor, dejando caer el revólver. Luego, con los dientes apretados y los ojos llenos de odio, chilló mirando a Bill:

—¡Maldito sea! ¡Me ha arruinado!

Por la puerta apareció un hombre que exhibía en el pecho una estrella. Se puso a disposición de Fletcher, el cual le contó rápidamente lo ocurrido.

El representante de la ley se llevó a Rogers y a Mark y dos hombres se encargaron de retirar el cadáver que había en la escalera.

Una hora después, Fletcher se encontraba en una habitación rodeado por su hija, Ellen y Bill Mae. Los cuatro tenían una copa en la mano, y el prohombre, alzando la suya, brindó:

—Por el nuevo tendido de la compañía del este de Texas y porque Bill Mae siga siendo un hombre de bien.

Luego le llegó a Bill el turno de brindar:

—Por Ellen Cabot, una maravillosa mujer sin cuya ayuda no sería posible ese ferrocarril.

Bill se entretuvo todavía un rato con los Fletcher y Ellen, pero finalmente se despidió de ellos porque quería regresar cuanto antes a Lester City, y cuando al filo del amanecer cabalgaba alejándose de Austin, se decía que habían valido la pena todos los peligros

pasados porque acababa de conseguir algo muy importante. Fletcher le había prometido que el tendido se iniciaría en el más breve plazo. Y eso suponía la salvación para los ganaderos del condado de Lester City.

CAPÍTULO XII

Wanda Mills dio por terminada la clase y los chiquillos se precipitaron por la puerta que conducía a la calle.

La joven empezó a recoger sus cosas del pupitre, cuando de pronto oyó una voz:

—Buenos días, Wanda.

Sintió un escalofrío en la espalda, y al volver la cabeza vio a Oscar Martyn en el umbral.

—Hola, Martyn.

El capataz del Barra B echó a andar por el corredor, aproximándose al lugar donde Wanda se encontraba. De las manos de ésta resbaló un lápiz y Oscar se agachó para tomarlo.

—Anoche fui a tu casa —dijo Oscar—. La señora Kenneth me dijo que tenías una fuerte jaqueca.

Ella le había mentido y ahora sintió que sus mejillas se coloreaban.

—Ya me encuentro mucho mejor.

—Lo celebro, Wanda. Tú sabes que todo lo tuyo me importa mucho. Especialmente lo que se refiere a tu salud.

—Gracias, Martyn.

La joven se dispuso a echar a andar, pero Martyn no se apartó para dejarle paso.

Ella le sonrió, diciendo:

—He de comer muy aprisa porque esta tarde tenemos ensayo del coro.

—Sólo quiero hablar contigo unos minutos.

—Bueno, puedes demorarlo. Vuelve cualquier otro día.

—No, Wanda. Ya he esperado bastante.

La muchacha tragó saliva y se volvió para mirar por la ventana.

—Muy bien, Martyn. Te escucho.

—Quiero casarme contigo.

Wanda cerró los ojos, y sin abrirlos, repuso:

—Estoy segura de que no lo has pensado bien, Martyn.

—Lo he pensado mucho, Wanda, y tú sabes que cuando yo decido algo es porque lo deseo con todas mis fuerzas.

—El caso es que…

La joven se interrumpió.

—¿El qué, Wanda?

—Yo no te quiero, Oscar.

Hubo una pausa, y luego él dijo:

—Eso me lo vas a repetir mirándome.

—Por favor, no lo hagas más difícil.

—¡Mírame, te digo! —Acompañando las palabras con la acción, Oscar la tomó por un brazo y tiró bruscamente de ella, haciéndola girar.

Los ojos de Wanda chispearon furiosos.

—No me gustan tus modales, Martyn.

—No, ¿verdad? —sonrió él, sarcástico—. Quizá si te tratase de esta forma, otra persona te gustaría un poco más.

—No te entiendo.

—Eres una hipócrita. Sabes perfectamente a quién me refiero. A Bill Mae.

—¿Adónde quieres ir a parar, Martyn?

—Es mejor que dejemos aclaradas de una vez las cosas.

—Tú y yo no tenemos nada que aclarar.

—Sí, pequeña. Ese Bill Mae te ha desquiciado.

—Estás diciendo tonterías.

—No soy ningún palurdo, nena, y estoy acostumbrado desde siempre a ver las cosas con imparcialidad. Te has enamorado de ese forajido.

—¡No es un forajido!

Oscar Martyn sonrió otra vez.

—¿Ves cómo lo defiendes? Se te ha metido en las venas.

—Sólo quiero que se haga justicia con él.

—Claro que sí, y por eso le ayudaste a salir de la cárcel.

—Sí, Martyn, yo le ayudé, y no estoy arrepentida de ello porque luego se demostró que él no había matado a Luke Jones.

—Pero tú lo habrías sacado de allí igualmente si hubiera sido culpable.

—Te equivocas, Martyn. Si él hubiese sido un asesino, yo no le hubiera prestado ninguna ayuda.

—Da lo mismo que no matase a Luke Jones. Asesinó a otros muchos.

—No, Martyn. Bill Mae no asesinó nunca a nadie.

—¿Quién te lo ha dicho? Él mismo, ¿verdad?

—Te lo ruego, Martyn, déjame sola.

Oscar apretó los labios con fuerza.

—Escúchame, nena… Te quiero para mí y no voy a permitir que nadie me robe a la mujer que deseo.

Ella levantó la barbilla.

—¿Es que no has contado con mi voluntad, Martyn?

—Tu voluntad era la de casarte conmigo, antes de que él viniese a Lester City.

—Nunca me lo preguntaste, Martyn, y eso me releva de cualquier otra respuesta respecto a lo que pudiera existir entre tú y yo.

—No, pequeña. Tú te vas a casar conmigo… Te aseguro que vamos a ser muy felices.

Tengo bastante dinero, ¿sabes?

—No me importa nada tuyo, Martyn, y será mejor que desde ahora lo sepas.

Los ojos de Martyn brillaron iracundos.

—¿Es que quieres que te convenza a la fuerza, Wanda?

—Te has portado conmigo siempre como un caballero y espero que lo sigas siendo.

—Se acabó la caballerosidad. La tuve contigo mientras fuiste honesta. Pero ahora te estás comportando como una mujerzuela.

Wanda le abofeteó.

—No te consiento eso, Martyn.

Oscar retrocedió un paso, respirando agitadamente, ebrio de furia.

De pronto, se abalanzó sobre ella y le pegó con el dorso de la mano en la cara.

Wanda lanzó un grito ahogado mientras se desplomaba en el suelo.

Allá quedó encogida, de bruces, sollozando.

—¡Levántate! —ordenó Oscar Martyn.

De pronto, llegó una voz desde la puerta:

—¡No la vuelvas a tocar, Martyn, o te juro que te vuelo la cabeza!

El capataz giró como un relámpago llevando la mano a la funda, pero de pronto se quedó inmóvil al ver a la entrada la figura de Bill Mae.

Se produjo un largo silencio mientras Wanda se incorporaba del suelo.

Bill Mae no mostraba ningún arma en la mano, y sus dos brazos colgaban a lo largo de los costados.

Martyn permanecía inmóvil, mirándolo con ojos cargados de rencor.

—¡Salga de aquí, Mae!

Bill echó a andar hacia él, deteniéndose a tres yardas.

—Eres tú quien va a salir, Martyn, y no sólo te vas a marchar de aquí, sino de la ciudad. Pero antes de que eso ocurra, primero tú y yo ventilaremos nuestro asunto.

Martyn meneó la cabeza de arriba abajo.

—Muy bien, Mae. Usted y yo lo vamos a ventilar, pero ¿cómo?

—A puñetazos o con el revólver. Me da lo mismo.

—Muy bien, peleemos primero. Siempre estamos a punto de elegir las armas.

Wanda se retiró hacia la pared.

Martyn sonrió jactanciosamente.

—Me hace un favor, Mae… Usted será muy diestro con el «Colt» en la mano, pero los puños es mi fuerte. Y, por añadidura, tenemos un testigo de excepción, una mujer que ambos queremos. Ella va a ver como lo hago pedazos.

Bill sacudió la cabeza.

—Hágame pedazos…, si es que puede.

Martyn se abalanzó sobre Bill, descargándole un puñetazo en la cara. Mae levantó el brazo desviando el golpe y luego martilló con la zurda el hígado de su rival.

Seguidamente le colocó un derechazo en la boca.

Martyn se desplomó en el suelo, pero se levantó rápidamente escupiendo sangre.

—No lo hace mal del todo, Mae. Me he precipitado un poco, pero no cometeré dos veces el mismo fallo.

Empezó a acercarse a Bill con más precauciones, pero de pronto se lanzó sobre él, atacándole el estómago. Logró hacer un blanco y Mae se agachó tragando aire. Martyn aprovechó su oportunidad para aplicarle la zurda al maxilar inferior.

Bill rodó por el suelo hacia la ventana.

Wanda lanzó una exclamación, y entonces Martyn la miró con ojos regocijados.

—Esto es sólo el comienzo, nena. Cuando acabe con tu Romeo, no lo vas a reconocer.

Bill Mae se puso en pie.

Martyn se lanzó sobre él, seguro de que ahora, con sólo tocarlo, el joven se derrumbaría para no levantarse en un buen rato.

Pero, de pronto, Bill lo recibió lanzándole un terrible puñetazo entre los dos ojos.

El capataz se abatió sobre el suelo y quedó tendido, perdido el conocimiento.

Bill lo observó jadeante y luego levantó la mirada, fijándola en el bello rostro de la muchacha.

—Vamos, Wanda.

La joven acudió a su lado y él le pasó un brazo por la cintura. Muy juntos, salieron de la escuela.

El sol brillaba en lo alto.

Bill vio venir hacia ellos por la acera al juez Waddell y al *sheriff* Jesse Lewt.

Los dos hombres saludaron a Mae, y luego éste dijo:

—Ya pueden comunicar ustedes a todos los ganaderos que se va a realizar el tendido hasta Lester City.

El juez y el *sheriff* lo miraron asombrados.

—¿No es ninguna broma, Bill? —preguntó el juez.

—Le aseguro que no, Waddell. Mi viaje a Austin resultó fructífero.

—¡Infiernos! —exclamó el *sheriff*—. Hoy va a ser el primer día que me emborrache en cinco años.

Bill se restañó la sangre que le corría por la comisura de los labios.

Waddell miró hacia la puerta de la escuela.

—Supongo que habrá peleado con su capataz, ¿verdad, Bill?

—Sí, juez, pero ahora las cosas han quedado claras —miró a Wanda—. Ella y yo nos vamos a casar.

—¡Bill! —exclamó la joven.

El *sheriff* se frotó las manos, riendo.

—Bien pensado… Aplazaré la borrachera hasta el día de la boda y así no me costará un solo centavo. Bueno, juez, ¿qué le parece si empezamos a dar la buena noticia?

—Creo que es la mejor idea.

De pronto, llegó una voz desde la puerta de la escuela.

—¿Qué es lo que celebran, amigos?

Todos se volvieron, descubriendo a Oscar apoyado en la pared. El capataz esgrimía un revólver con la diestra, y el cañón apuntaba exactamente al cuerpo de Bill Mae.

Jesse Lewt arrugó el entrecejo.

—Guarda ese revólver, Martyn. Aquí todos somos amigos.

El rostro de Martyn se contrajo en una mueca de sarcasmo.

—Lo serán suyos, *sheriff*, pero no míos… Mírenlos… Él es un maldito pistolero, un tipo que se ha ganado todo robando y dando muerte a sus semejantes…, ¿que es lo que le pasa ahora? Todo el mundo le tiende la mano y hasta es considerado como un héroe…

¿Y ella? Wanda Mills, nuestra dulce maestra, la muchacha más honesta de Lester City, la mujer poseedora de todas las virtudes… ¡Y ella se ha entregado a un sucio canalla que responde al nombre de Bill Mae!

—Está hablando demasiado, Martyn —dijo Waddell.

—¿A usted también lo han convencido, juez?

—Sí, Martyn, yo me convenzo fácilmente cuando alguien me demuestra que es honrado y que procede con lealtad y con sentido de la justicia… Eso es lo que ha hecho Bill Mae desde que llegó a la ciudad.

—Historias, juez.

—Te lo parecen a ti porque tienes el corazón lleno de ponzoña; pero eso no es nada nuevo. Ya estabas envenenado mucho antes de que llegase Bill Mae a nuestro condado.

—Cállese, juez, si no quiere irse usted también al otro mundo.

El *sheriff* Lewt soltó un salivazo en el polvo.

—Quiero que me escuches a mí, Martyn.

—¿Qué es lo que tienes que decir, Jesse?

—El juez tiene razón respecto a Bill Mae. Nos acaba de decir que la compañía del ferrocarril alargará el tendido hasta Lester City. Y es Mae quien lo ha logrado.

—Ya lo oí, *sheriff*, pero eso a mí no me importa nada.

—¿Cómo no ha de importarle? Es la salvación de los rancheros y, por lo tanto, de toda la población de Lester City. Volverá a reinar la prosperidad y mucha gente que se preocupa ahora del porvenir no tendrá por qué preguntarse si comerán mañana.

—¡Al diablo con todo eso! —exclamó Martyn—. Para mí solo cuenta que ese tipo es un forajido y que nadie que se considere honrado debe tenderle la mano.

—Estás cegado, Martyn —repuso el *sheriff*—. Todos hemos admitido que Bill Mae fue un fuera de la ley, pero empezó a rectificar hace mucho tiempo. Pagó la deuda que tenía contraída con la sociedad y ahora le devuelve mucho más de lo que él le quitó.

—¡Cállate, maldito sea!

Hubo un silencio.

Bill Mae apartó de sí a Wanda, pero ella trató de abrazarse a él.

—Aléjate, Wanda. Estoy seguro de que Martyn no disparará contra mí sin darme una oportunidad.

Wanda titubeó unos instantes, pero luego miró al juez y éste le hizo una señal afirmativa. Entonces los tres, Wanda, Jesse Lewt y Waddell, retrocedieron unos pasos, dejando solo a Bill Mae, cuyas manos rozaban sus muslos.

Martyn levantó el revólver poco a poco, los ojos muy fijos en el hombre que más odiaba en el mundo.

—¡No dispares, Oscar! —gritó Wanda.

El capataz se echó a reír sin apartar la mirada del hombre que tenía enfrente.

—¿Lo oyes, Mae? Está pidiendo por tu vida… Quizá ella cree que me va a convencer.

Anda, Wanda, ven aquí arrastrándote, suplicándome por él.

Bill Mae dejó oír su voz.

—No le hagas caso, Wanda.

Martyn se echó a reír otra vez.

—¿Por qué no, Mae? Puede probar, es posible que me

enternezca; yo también soy humano.

—No, Martyn. No lo eres —repuso Bill—. Eres un mal bicho… Lo supe desde el primer momento en que te vi.

—Cierra el pico.

—No te gusta que te cante Las verdades, ¿verdad, Martyn?

—La única verdad es que yo te voy a meter un par de balas en la barriga y eso va a ocurrir ahora mismo.

Bill meneó la cabeza de arriba abajo.

—Está bien, capataz. Si quieres cometer un asesinato es cuestión tuya, pero con eso no lograrás a Wanda.

—¿Quién dice que no? En cuanto te haya dejado tendido en el suelo, ella y yo nos marcharemos de Lester City, ¿lo entiendes?

—No irías muy lejos, Martyn.

Bill le estaba dando conversación y al propio tiempo se movía hacia la derecha. Había visto la posibilidad de que por unos segundos, Martyn no lo siguiese con el revólver, pero ahora el capataz movía el arma apuntándole siempre.

—Yo iré tan lejos como quiera, adonde sea preciso, Mae. Esta vez no fallaré como cuando estabas en casa del juez.

Bill se detuvo, pero sólo fue por un momento y luego continuó girando hacia la derecha.

Entonces llegó su oportunidad.

El revólver de Martyn se había quedado quieto dos segundos.

Bill Mae saltó en el aire tumbándose hacia un lado al tiempo que desenfundaba el «Colt».

Martyn hizo el primer disparo y la bala silbó junto a la oreja de Bill y se enterró en el polvo.

Bill apretó el gatillo antes de que su cuerpo tocase el suelo.

La bala quemó los dedos de Martyn, quien lanzó un aullido, dejando caer el revólver en tierra. Apoyado en la pared, desenfundó el otro «Colt» con la zurda, pero Bill le envió otro plomo y el segundo revólver voló por el aire al recibir el impacto en la culata.

De esa forma, Oscar Martyn quedó desarmado, a merced de su enemigo.

Bill se incorporó con el revólver en la diestra.

Martyn lo miró con los ojos asustados, las piernas temblorosas.

De pronto, su voz se quebró:

—¡No tire, Bill! ¡Por todos los santos del cielo, no me mate! ¡Se

lo suplico! ¡No me mate! ¡Me iré de aquí! ¡Me marcharé de la ciudad! ¡Soy muy joven! ¡Fue una mala idea mía! ¡No puede matarme a sangre fría! ¡No puede!

Bill bajó el cañón del revólver al suelo.

Oscar Martyn respiró entre jadeos, sintiéndose observado por todos.

De pronto, echó a andar lentamente.

Se detuvo junto a su caballo que había dejado bajo un árbol, junto a la escuela. Volvió la cabeza mirando a Bill Mae, el hombre que le había perdonado la vida, y luego montó en la silla y dirigió su cabalgadura hacia la colina que había al Este.

Bill echó a andar hacia donde le esperaban sus amigos, y, de pronto, Wanda le echó los brazos, sollozando.

—Oh, Bill… ¡Creí que te mataría!

Bill la estrechó contra sí, mirando al juez y al *sheriff*, los cuales le estaban sonriendo.

Jesse dio con el codo a Waddell y ambos hicieron un saludo con la mano a los jóvenes y empezaron a alejarse.

Un poco más allá, el *sheriff* hinchó los pulmones de aire, y exclamó:

—¡Diablos! ¡Nunca creí que pudiera alegrarme de que llegase a mi ciudad un forajido!

FIN